

EL JUEZ QUE FUE VERDUGO

Curtis Garland



EL JUEZ QUE FUE VERDUGO

CURTIS GARLAND



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.116
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.717 — La ciudad volará a las seis

En Colección PUNTO ROJO:

1.100 — El perfume de la Dama Negra

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 26.256-1983

Impreso en Esparta — Printed in Spain

1ª edición en España: setiembre, 1983

1ª edición en América: marzo, 1984

© Curtis Garland 1983 texto

© Desiló — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabres, 5. Barcelona (España)

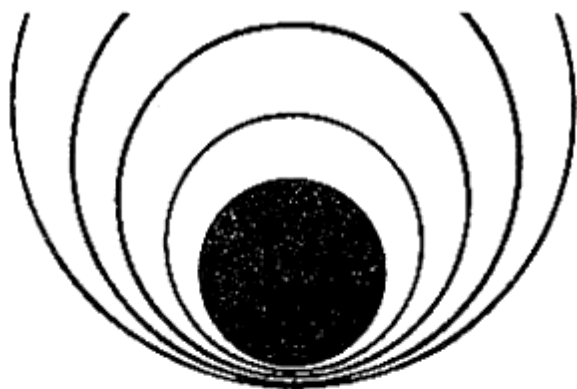
Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona 1983



PUNTO ROJO



CAPÍTULO PRIMERO

—SEÑORES del jurado, ¿han llegado ya a un veredicto por unanimidad?

—Sí, señoría

—Bien. Este tribunal está esperando su veredicto. Habla el portavoz.

Carraspeó el hombre de piel negra y cabello canoso, convertido en portavoz de las doce personas alineadas a un lado de la sala, y que se dividían en siete hombres y cinco mujeres, dos de ellos de raza negra.

—¿Consideran al acusado inocente o culpable del delito de asesinato? —preguntó ahora el secretario judicial.

Un silencio profundo siguió a la interrogante. Duró unos segundos, tal vez tres o cuatro. Parecieron una eternidad. En especial para el acusado y su abogado defensor.

Luego, el portavoz del jurado emitió el veredicto:

—Consideramos al acusado culpable de asesinato en primer grado.

Un revuelo. Disparos de *flash* fotográfico, murmullos, confusión. Lo de siempre en momentos así, sobre todo cuando un proceso alcanzaba el alto grado de tensión y de expectación que se deban en casos como aquél. Los reporteros corrieron presurosos al exterior, atropellándolo todo, para dar la noticia a sus rotativos, emisoras de televisión y de radio. El juez golpeó con energía en su estrado.

—¡Silencio, por favor! —ordenó—. ¡Silencio o hago desalojar la sala!

Se hizo una relativa calma. Los oscuros ojos inescrutables miraron alternativamente al jurado, al fiscal, al abogado defensor y, finalmente, al reo.

—Póngase en pie el acusado —dispuso el magistrado fríamente.

El hombre joven, rubio y nervioso, se incorporó, alentado por su defensor. Pálido y demacrado, se quedó mirando al juez largamente.

—¡Miente el jurado! —gritó de repente—. ¡Soy inocente, lo juro!

Otro revuelo fue acallado a duras penas por los golpes de mazo del magistrado. Este arrugó el ceño, mientras se calmaba el ambiente, con unos helados ojos clavados en el reo.

—Mantenga la compostura y el respeto a este tribunal, señor Bridges —reprochó—. Eso ya lo dijo antes, cuando era su turno de hablar. Ahora no le está permitido insistir en ello. Escuche en silencio la sentencia, o

me veré obligado a expulsarle de esta sala.

—¿Importa eso mucho, señor juez? —indagó con amargo sarcasmo el reo.

El juez fingió no oírle. Tras una leve pausa, pronunció las palabras de rigor en tales casos:

—Oído el veredicto del jurado, este tribunal condena al acusado, Nelson Bridges, a ser recluso de por vida en prisión, como culpable de un delito de asesinato en primer grado, dado que en este Estado no existe actualmente la pena capital. Se levanta la sesión.

Se puso en pie. Toda la sala lo hizo a la vez. El acusado gritó de nuevo, mientras el abogado trataba de calmarle y los alguaciles le sujetaban con fuerza por ambos brazos:

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente! —clamó rabiosamente—, ¡Lo soy, juez Garfield, lo soy! ¡Juro que soy inocente y éste ha sido un error judicial vergonzoso! ¡La justicia ya no existe en el mundo cuando otros intereses bastardos están en juego!

Fue retirado de la sala entre una gran confusión. El juez abandonó la misma por una puerta lateral, erguido y en silencio. Atrás, quedaba un público confuso, dividido y ruidoso, y los periodistas se disputaban las primicias informativas a sus medios de comunicación, sobre todo tras la violenta reacción de rebeldía del reo.

En las dependencias judiciales, el hombre alto, de pelo oscuro y ojos penetrantes, se despojó de su negra toga con un suspiro de cansancio, dejándose caer en una butaca. Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo. Una empleada le llevó un vaso de agua. Tomó un sorbo, mientras sacudía la cabeza.

—Gracias —dijo. Luego añadió echándose atrás en su asiento—: Menos mal que ya terminó todo. Ha sido un mal comienzo de carrera.

—No diga eso, juez —objetó uno de sus ayudantes—. Ha sido un juicio justo. Y una sentencia previsible para todos. Eso muchacho es condenadamente culpable, todo el mundo lo sabe. El veredicto del jurado no le dejaba otra alternativa que condenarle.

Lo sé, lo sé. Pero hay un viejo refrán en nuestra profesión que asegura que vale más comenzar con una absolución que con una condena. Para ser mi primer caso como juez, no he tenido demasiada suerte. Un crimen así, un caso tan sonado... No, no era lo que esperaba, la verdad.

—Como usted dice, señor juez, ya pasó todo —terció con una sonrisa una de las empleadas de las dependencias judiciales—, Creo que se tiene ahora bien ganado este fin de semana...

—Oh, cierto —dirigió una mirada distraída al calendario de la pared, bajo el semidesnudo de una jovencita de grandes senos—. Ya es viernes, casi lo había olvidado...

La puerta se abrió en ese momento. Un hombre fornido, de ojos redondos y cabello revuelto, asomó vestido aún con su toga. Agitó una mano cordialmente, mirando al juez.

—Enhorabuena, Garfield —dijo con voz potente—. Todo ha ido muy bien para ser tu debut. Mi felicitación más sincera.

—¿Lo dices porque el reo ha sido condenado? —sonrió irónicamente el magistrado.

—No, no —rechazó el otro, caminando con largas zancadas hacia él—. Sabes que no me hubiera importado perder el caso y que ese muchacho hubiera sido absuelto, de habar resultado inocente. Pero nadie, y menos aún el jurado, creía en su inocencia. Lo que me alegra es que hayas pasado brillantemente tu primer proceso, Garfield.

—Eres muy amable, Winslow, Debo admitir que impresionaste al jurado con tu informe. Destrozaste la tesis de la defensa por completo. Los convenciste a todos de que el joven Bridges es culpable.

—¿Y a ti no?

—Yo no era quien debía emitir el veredicto, sino dictar sentencia solamente.

—Pero eres el juez...

—En nuestro sistema judicial, ser juez es absolutamente decisivo y tú lo sabes. Dependemos del jurado. Si ellos emiten un veredicto, el juez ha de amoldarse a lo que decidan.

—Es la justicia americana, Garfield —rió el fiscal—. Esa es su grande y, tal vez, en ocasiones su talón de Aquiles. Debemos aceptar el juego, porque es justo. Doce personas deciden, aisladas y sin dejarse influir por nada.

—¿Crees eso de verdad? ¿Imaginas que se olvidan durante su deliberación de lo que dicen los diarios, de lo que emite la radio, de lo que comenta la televisión?

—Hablas como si estuvieras arrepentido de haber dictado esa sentencia —gruñó Winslow, frunciendo su entrecejo.

—Dejemos eso ahora —suspiró Garfield, poniéndose en pie—. El caso queda atrás. Si el abogado apela, otro juez verá el recurso, no yo. Sólo espero haber obrado en justicia que es lo importante. ¿Vas a pensar en este fin de semana, Winslow?

—Sí, por supuesto. Me han dicho que hay gran abundancia de salmones desde hace días, y no voy a perderme eso. ¿Quieres venir? Agnes y los chicos verían encantados cómo el flamante juez Garfield nos acompaña en este *week-end*.

—No, gracias —rechazó el magistrado—. Prometí a Laura llevarla a la costa estos días. No puedo fallarle ahora, una vez acabado el caso Bridges.

—No, supongo que no —aceptó el fiscal, palmeando afectuosamente

el hombro del juez—. Ya nos quitó demasiado tiempo libre el maldito asunto. Es lo malo de estos procesos en que la víctima es una figura popular y sexy... Si eso muchacho no hubiera matado a una modelo de la fama de Honey Warden, este caso hubiera tenido mucho menor eco, y tú te hubieras movido más cómodamente en él, dado que era tu debut como juez. Mis saludos a Laura. Y feliz fin de semana.

—Igualmente, Winslow —sonrió el juez, con aire cansado—. Que pesques muchos salmones.

Se encaminó a su vestuario para cambiarse de ropa y dirigirse a casa. Minutos más tarde, su automóvil rodaba entre el tráfico de Manhattan, rumbo al norte de la ciudad, donde residía. Aquel mediodía del viernes, caluroso y con bochorno, marcaba ya el inicio de un fin de semana con el necesario relajamiento para el sistema nervioso de personas que, como él, eran responsables en decisiones realmente trascendentes.

Atrás quedó el edificio judicial, con un hombre en sus celdas, que sería de inmediato trasladado a una penitenciaría del Estado, para iniciar su encarcelamiento de por vida, acusado de asesinato en primer grado, en la persona de una bellísima y seductora modelo llamada Honey Warden.

Era como romper con algo a lo que se sentía atado el resto de la semana en especial desde que comenzó, a una edad aún joven para tan alta responsabilidad, su carrera como juez en la ciudad de Nueva York.

Pero hay cadenas que no es tan fácil romper con una ausencia más o menos prolongada, más o menos distante. Monty Garfield iba a saber eso aquel mismo sábado, cuando en su *bungalow* de Stamford, al norte de la ciudad, recibió un escueto telegrama procedente de la oficina del General Attorney:

Nelson Bridges se ha suicidado en su celda. Dejó una carta a su nombre, estrictamente personal.

Eso rompió su fin de semana. Monty Garfield dejó a su joven esposa en Stamford y corrió a Nueva York para saber lo sucedido.

* * *

Dejó la carta a un lado. Se sentía mal. Bastante mal. Tomó un trago de whisky puro, ni soda ni hielo. Era un buen *bourbon*, pero no lo saboreó. No le gustaba el alcohol. Sólo que tenía que beber en ocasiones como ésta.

La misiva póstuma de Nelson Bridges no era demasiado extensa. Sólo un folio escrito por un solo lado. Su párrafo final era el más terrible, el que le obligaba a beber, aun contra su voluntad:

Juez, yo le perdono. Sé que no podía hacer otra cosa. Pero era injusto. La Ley no siempre es justa, digan lo que digan. No soy culpable.

No maté a Honey. La amaba demasiado para ello. Tal vez por amarla tanto, la odiaba también. Tenía celos de todo lo que hacía Juré matarla. Peleamos varias veces. Pero eso era una cosa. Y matarla, hacerle daño, otra muy distinta.

No espero que me crea. Ni me importa. Cuando lea usted esto, estaré muerto. Pero alguien dijo que el que va a morir nunca miente. ¿Lo recuerda? Bueno, pues ya lo sabe. Soy inocente. Condenó usted a alguien que no era culpable. En cambio, un asesino anda suelto. Yo le perdono, insisto. Un juez es también un ser humano. Puede equivocarse. Y usted se equivocó. Dios le disculpe por ello como lo hago yo. Pero, por favor, si un día encuentra al verdadero asesino de Honey, sea duro con él. No cometa más errores.

Se pasó una mano trémula por el rostro, tenso y pálido. Se sentía indigno de ser lo que era. Hubiera querido poder leer todo eso antes de morir Bridges. Pero por otro lado, sabía que no le hubiera hecho caso. Era su muerte lo que le daba un valor radicalmente distinto a aquel patético mensaje de un hombre. En vida de Bridges, todo esto hubiera sonado a mentira, a desesperados esfuerzos por ser absuelto. Ahora no tenía sentido esa absolución. Él se había hecho justicia a sí mismo. Si es que podía llamarse justicia a morir siendo inocente.

—No, Dios, no —murmuró roncamente—. Empezar por un error así, no...

Apuró al *bourbon* de su vaso. Volvió a leer la carta. Luego la estrujó, tirándola lejos de sí. Miró por la ventana. Era un sábado cálido y desierto en la ciudad. El sol refulgía allá en un cielo sin nubes, sobre Manhattan, como un homo abrasador. Sol, luz, calor, vida... Todo lo que ahora ya no podía disfrutar Nelson Bridges. Y había sido inocente...

Se puso en pie. Asomó a la selva de asfalto y cemento, contemplando los rascacielos que se recortaban contra el cielo deslumbrante. Desde el enorme anuncio, en la azotea de un edificio, le sonrió la rubia y exuberante belleza de una modelo en el reclamo de un nuevo bronceador para la playa. Garfield se estremeció.

Era Honey. Honey Warden, la modelo asesinada. Todavía no había sido retirada totalmente de algunos carteles publicitarios. Le pareció que le contemplaba con una mezcla de sarcasmo y desprecio, desde la multicolor dimensión plana de su anuncio.

—Alguien te mató, y no fue Bridges —musitó el juez, pegada su frente al vidrio de la ventana—, Pero ¿quién, por qué? Si lo pudieras decir, si tu imagen hablara desde ese cartel...

Pero sabía que eso era imposible. Se sintió, abatido. Un poco más tarde, conducía su coche a través de un Manhattan casi desierto a causa de los rigores del sol, camino de alguna parte.

Camino de la vivienda de Honey Warden, concretamente.

Capítulo II

LA ambulancia estaba detenida delante de la puerta.

Como cuando Garfield llegó allí y bajó del coche, dos enfermeros salían del edificio, portando una camilla con una persona tendida bajo una sábana. Un corro de curiosos y dos agentes de policía rodeaban el acontecimiento.

El juez avanzó hasta la camilla, abriéndose paso entre los presentes. Observó que no conducían ningún cadáver. La cabeza del paciente iba al descubierto, señal inequívoca de que aún vivía. Lo introdujeron con rapidez en la ambulancia. Garfield vislumbró una cabellera roja y un rostro de mujer que no le era desconocido. Estaba muy pálida e inconsciente.

—¿Quién es y qué le ocurre, agente? —preguntó a uno de los policías.

—Creo que se llama Vanity Colby y vive en esta casa —se encogió de hombros el policía—. Exceso de barbitúricos, ya sabe. Casi siempre ocurre igual.

—Sí, claro. Gracias, agente —se aproximó a la ambulancia, que cerraba ya sus puertas e indagó de uno de los enfermeros—: ¿Está muy grave?

—Está bastante mal. ¿Es usted familia suya?

—Sólo amigo, pobre Vanity —mintió Garfield fríamente—, ¿Cree que le suministró alguien esos barbitúricos?

—Lo dudo mucho, señor —suspiró el enfermero—. Tenía un frasco abierto en su mesilla, y había pastillas hasta en el suelo. Tal vez trató de matarse, no sé.

Se alejó la ambulancia con rapidez. Garfield se quedó mirando fijamente al vehículo. La gente se comenzó a dispersar. Pero junto a él, alguien comentó con aspereza:

—Esos tipos no saben lo que dicen. Vanity nunca hubiera intentado suicidarse.

Giró la cabeza. Un hombre grueso, sudoroso, que resoplaba con dificultad al respirar el aire caliente con olor a asfalto y gasolina, estaba junto a un automóvil azul, limpiándose el sudor de su mofletudo rostro con un gran pañuelo. Unas gafas de gruesas monturas cabalgaban sobre una nariz ancha y deforme.

—¿La conoce usted bien? —demandó Garfield con tono indiferente.

—¿Si la conozco? Soy su agente artístico, su manager. ¿Y usted quién diablos es? Su cara no me resulta desconocida. ¿Acaso un periodista, un policía?

—Ni una cosa ni otra —sonrió el magistrado—. Soy el juez Garfield.

—¡El juez Garfield! —pestañeó el hombre gordo—. Ahora recuerdo... Usted procesó a Nelson Bridges, el asesino de Honey...

—Tiene buena memoria, a lo que veo. Así es, señor...

—Ashland. Shelby Ashland. Estuve en todas las sesiones del juicio, y testifiqué cuando lo hizo Vanity, requerido por la acusación...

—Ahora le recuerdo. Según usted, Bridges era culpable.

—Endiabladamente culpable, sí señor. Y para Vanity también.

—Tengo entendido que ella vivía con Honey Warden...

—En efecto. Compartían el mismo apartamento. Era demasiado caro para una sola. Esta es una buena zona de la ciudad, señor juez.

—Llámeme sólo Garfield. Estoy aquí como ciudadano particular, no como juez.

—¿De verdad? ¿Se relaciona su visita con Honey o con Vanity, entonces?

—Sólo en cierto modo. Quería hablar con Vanity Colby unos minutos, ésa es la verdad.

—Me temo que no le será posible por el momento. Está bastante mal la pobre.

—¿Habitualmente toma barbitúricos?

—Oh, sólo para dormir. Ya sabe, la vida de hoy, su profesión de modelo, el *stress* y todo eso. Pero nunca, hasta hoy, se sobrepasó en la dosis. No sé qué le sucedería, la verdad.

—¿Vive sola ahora?

—Desde la muerte de la pobre Honey, sí. Está pensando buscar otra compañera o irse a un apartamento menos grande y lujoso que éste.

—¿Quién la encontró en ese estado?

—Precisamente yo —resopló el otro, volviendo a enjugar la transpiración que empapaba su redonda faz—. Habíamos quedado para unas pruebas con una nueva empresa publicitaria. Me extrañó que no abriera, y utilicé mi propia llave para entrar.

—¿Ah, tenía usted una llave del apartamento? —indagó el juez con indiferencia

—Sí, siempre la tuve... —balbuceó Ashland, enrojeciendo al darse cuenta de lo que ese hecho sugería a su interlocutor—, Pero le aseguro que no hay nada entre Vanity y yo, Garfield. Sólo soy su representante, su amigo. Un día me dio su llave por si me era preciso utilizarla por alguna razón.

—Ya. ¿En vida de Honey se la dio?

—Sí, sí. Honey vivía aún.

—¿Y ella no objetó nada a eso?

—¿Honey? Bueno, ignoro si se enteró. Si Vanity se lo dijo, es evidente que no puso objeción alguna, porque nada supe nunca.

—¿También era usted representante de Honey?

—No, de ella no. No quería representantes. Estaba en la cresta de la ola, como ella decía, y le llovían los contratos. En el fondo no le faltaba razón. Todos querían contar con la sonrisa y el cuerpo de Honey para anunciar sus productos. Habitualmente, la vida profesional de una modelo no es tan fácil ni cómoda, pero ella tuvo suerte.

—No demasiada, diría yo —suspiró Garfield—, La mataron a los veinticuatro años, Ashland. Una buena edad para vivir, no para morir.

—Sí, claro, viendo así las cosas, es cierto —tartajeó Ashland, algo cohibido—. ¿Le puedo llevar a alguna parte, Garfield? Luego iré al hospital a ver a Vanity. La tienen que hacer un lavado de estómago y varias cosas más, según creo.

—No, gracias. Tengo ahí mi coche —se dispuso a marcharse, pero antes disparó una rápida pregunta a Ashland—: Dígame, ¿sabe si Vanity o Honey dieron su llave a alguna otra persona?

—No, que yo sepa —balbuceó el hombre gordo, mirándole inquieto—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Estaba pensando en la posibilidad de que alguien hubiera entrado ahí antes que usted y hubiese suministrado los barbitúricos a Honey... y con Nelson Bridges, que acababa de suicidarse.

Y se metió en su propio coche, dejando alelado a Shelby Ashland junto al suyo, incapaz de reaccionar ante las palabras del juez.

* * *

—¿Por qué estás tan preocupado, querido?

—No sé. Estoy sumido en un mar de dudas. Quisiera estar seguro de algo, pero no me es posible.

—Si estás pensando en lo de Bridges, no tienes motivo para ello. Tú eras sólo el juez, no el jurado. Y por otro lado, sólo tienes su palabra de que fuese inocente.

—La palabra de un hombre que va a morir —replicó Garfield, sombrío—. ¿Crees que mentiría un hombre en ese trance?

—No, no lo creo —admitió Laura Garfield su joven y bella esposa, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Pero tú no tuviste la culpa. Todas las pruebas estaban contra él. Yo misma he creído siempre en su culpabilidad.

—¿Te imaginas lo que hubiera ocurrido de existir la pena Capital? Hubiera sido ejecutado por algo que no hizo. Su propio suicidio es, en parte, muy parecido a eso.

—¿Y qué puedes hacer tú? La policía le arrestó, el fiscal le acusó y presentó las evidencias, el jurado dio su veredicto... Estás torturándote sin razón, cariño.

Se sentó ella en el brazo de la butaca y rodeó sus hombros con un brazo afectuoso hacia él. Se besaron ambos tiernamente, y el rostro de Garfield se iluminó ligeramente. Pero sus ojos seguían ensombrecidos por la preocupación.

Laura Garfield al verle tan ensimismado, le hizo una suave pregunta:

—¿Crees que la intoxicación de Vanity Colby tiene algo que ver con todo aquello?

—Estoy seguro de que sí —afirmó el juez gravemente—. Es sólo una corazonada, pero presiento que ambas cosas se relacionan por alguna razón que desconozco aún.

—Ese asunto compete a la policía, no a ti. Eres juez, no detective.

—Lo sé, lo sé. Por cierto, voy a llamar a un buen amigo. Me gustaría que se ocupara del asunto de Vanity Colby.

Se incorporó, marcando un número. Mientras esperaba comunicación, contempló la panorámica exterior, desde su casa de Stamford, bajo el sol ya declinando en el horizonte.

—¿Sí? —sonó una voz al otro extremo del hilo—. Departamento de Homicidios. ¿Quién llama?

—Soy yo, el juez Garfield ¿Hablo con el teniente Riordan?

—El mismo, Monty —la voz se hizo cordial—, ¿Cómo van las cosas después de tu éxito en el caso Bridges?

—¿Éxito? —murmuró Garfield contrariado—. No digas eso. Condené a un hombre que se ha suicidado, declarándose inocente.

—No te creas demasiado lo que afirman los suicidas como Bridges. Según el psiquiatra era un hombre inmaduro, impresionable y carente de valor. El suicidio resultaba lógico en una persona así. Y también el deseo de aparecer como inocente a los ojos de todos, en su último golpe de efecto final.

—Eso dirá el psiquiatra, Yo no lo soy y no puedo admitirlo, Mark. Pero no te llamaba por eso. Me preocupa una chica. La han hospitalizado hoy, víctima de una sobredosis de barbitúricos. Se llama Vanity Colby.

—Oh, Vanity Colby, ¿eh? ¿Qué sabes tú de ese asunto, Monty?

—Muy poco. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te has enterado ya del caso?

—No me hubiera enterado si sólo fuese la intoxicación de barbitúricos. Pero te diré que, una vez hospitalizada, alguien intentó matar a esa chica dentro del propio hospital.

—¿Qué? —Garfield se puso rígido, apretando con fuerza el teléfono
—. ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Justo lo que has oído. Pero el tipo no tuvo suerte. Fue sorprendido cuando trataba de inyectar aire en las venas de la paciente, disfrazado de enfermero. Escapó, pero un agente de servicio le dio el alto, y él no se detuvo. Le disparó, dándole de lleno. El tipo murió en el acto.

—Cielos... ¿Quién era?

—Un tal Bo Wallace, un profesional del crimen. ¿Te interesa la noticia?

—Por supuesto que sí. Un profesional tratando de asesinar a Vanity en el hospital... Eso puede significar muchas cosas, Mark.

—Claro. Hemos comprobado la ficha de ese pistolero. Ha estado relacionado varias veces con Barney Munro, un jefazo del hampa de esta ciudad, pero nunca pudimos demostrar su conexión en algún delito concreto que pudiera quitar de la circulación por una veintena de años al tal Munro. Este es un tipo listo, un auténtico lince con aspecto de gorila.

—¿Por qué querría un hampón eliminar a Vanity Colby?

—Sé tanto como tú. Pero Vanity Colby es modelo, como lo era su amiguita y compañera de apartamento, Honey Warden.

—¿Y qué?

—Pues que, casualmente, Barney Munro es un individuo que tiene gran amistad personal con Avery F. Sheridan, el magnate de la publicidad. Curioso, ¿eh?

—Sí, muy curioso. Supongo que vas a investigar el asunto.

—Supones bien. Y ahora dime: ¿Por qué estás tan interesado en el caso?

—Porque si Bridges dijo la verdad al morir, el asesino de Honey Warden todavía anda suelto por ahí, mientras yo condené a prisión a un inocente. Me gustaría llegar al fondo de la cuestión.

—¿Problemas de conciencia, Monty? Creo que estás desorbitando las cosas...

—Tal vez. Pero empiezo a intuir que hay algo más, mucho más de lo que imaginábamos, detrás de todo este asunto. Tenme al corriente si sabes algo más, por favor. Yo también te informaré si descubro algo por mi cuenta.

—Allá tú, Monty. Estás en tu derecho de levantar una pesquisa judicial en toda regla para investigar los hechos, pero eso a mucha gente no va a gustarle, empezando por mis propios jefes. Los altos cargos de la policía son particularmente sensibles a las iniciativas judiciales que pueden coartarles su propia tarea...

—Me tiene sin cuidado que le guste a la gente o no, Mark.

Voy a intentar una encuesta en toda regla que me conduzca a la

verdad. Si es preciso admitir que hubo grave error judicial en el caso Bridges, lo admitiré sin rodeos también.

—Eso no les gustará tampoco a los altos cargos de la legislatura, Monty. Tú eres sólo un juez novato, ha sido tu primer proceso. No querrás enfrentarte tan pronto con las estructuras legislativas del país...

—La Ley es la Ley y no admite manipulaciones. Si existe error en aplicarla, debe admitirse con humildad y tratar de rectificar. Lo contrario es corrupción y falta de honestidad.

—Estoy de acuerdo contigo, pero no trates de ser un cruzado o una Santa Juana de Arco. Recuerda que ella murió en la hoguera...

—Eso fue hace siglos. Si no hemos mejorado la condición humana y política de entonces acá valdrá más empezar a poner en duda que estemos realmente civilizados. Hasta pronto, querido Mark.

Colgó, ceñudo, paseando luego por la estancia. Laura le contempló en silencio, con una sombra de preocupación en sus bonitos ojos castaños.

—Por lo que he oído, estás decidido a actuar a tu manera —murmuró, suave.

—Sí, querida —le miró él con franqueza—. Voy a volver a la ciudad. Quisiera hablar con un tal Avery F. Sheridan, un magnate de la publicidad... y quizás tratar de ver a esa chica en el hospital, si es que no la matan en otro intento con mayor éxito.

—Ten cuidado, Monty —rogó ella, acercándose y apoyando una mano en su brazo—. Me temo que vas a mezclarte en un asunto bastante feo, algo que puede que incluso sea capaz de hacer tambalear a todo un juez.

—Mi amigo el teniente Riordan dijo algo parecido —sonrió Garfield con fiereza—. Tendría gracia que todo aquello en lo que siempre creí fuera a resultar ahora tan distinto a como imaginé...

Besó a su esposa y abandonó con rapidez el bungalow de Stamford para regresar al bochorno de Nueva York.

Capítulo III

—JUEZ Montgomery Garfield — leyó el hombre alto, impecablemente vestido de azul claro, echando una ojeada a la tarjeta de visita. Miró con cierto asombro a su visitante. Luego le indicó una confortable butaca de cromo y cuero sintético, con una gran cristalera detrás, a través de la cual las luces de Manhattan eran como una catarata de colores y parpadeos—, Siéntese, por favor. Y dígame qué desea de mí todo un juez, a estas horas de la noche.

Garfield estudió el rostro delgado y pulcro de su interlocutor. Avery F. Sheridan debía rozar los cuarenta y cinco años, tenía el atildado aspecto del ejecutivo moderno, tos ojos de un tono acerado y el cabello canoso de un galán de cine maduro. En aquella oficina, situada en lo alto del rascacielos de Broadway destinado íntegramente a la empresa de publicidad *Standard Torch*, cuyo símbolo construido por la antorcha de la Estatua de la Libertad centelleaba en la gran fachada, grandes murales de fotografías publicitarias compartían el espacio con las vidrieras impresionantes. Garfield descubrió la sonrisa y las curvas de Honey Warden en una de las grandes fotografías de reclamo.

—Tengo entendido que Honey Warden trabajaba con ustedes —dijo calmoso Garfield

—Así es —afirmó Sheridan, enarcando las cejas—. Pobre Honey... Era nuestra gran estrella, la máxima figura de la casa. Perdimos mucho con ella. Encontrar rostros nuevos es difícil, y más con el encanto y el sexy de Honey.

—¿También trabaja para ustedes Vanity Colby?

—¿Vanity? No me suena el nombre... —ni un músculo se alteró en el rostro de Sheridan al ser ella mencionada—. Oh, sí, espere. Era una amiga de Honey. Ella la recomendó, y le hicimos unas pruebas. Luego trabajó en algunas cosas, no muchas. Es bonita y tiene una espléndida figura, pero le falta algo para ser una buena modelo. Y nosotros sólo queremos a las mejores. ¿Por qué se interesa por todo eso, juez?

—Porque a Vanity Colby han intentado asesinarla hoy, tal vez por dos veces. Una con barbitúricos, la otra con una inyección de aire en sus venas.

—Cielos, ¿qué está diciendo? —el asombro de Sheridan parecía genuino—. ¿Cómo ha podido suceder algo tan horrible?

—No lo sé. Por eso estoy aquí.

—Temo no entenderle... —los ojos acerados de Sheridan parecían ingenuos, pero también podían ser fríos y expectantes.

—La policía abatió al fallido asesino. Resultó ser un buen amigo de un tal Barney Munro. ¿Eso le dice algo?

—No. ¿Por qué habría de ser así? —mantuvo el magnate su fría calma

—Porque Munro y usted son buenos amigos.

—Señor Garfield, sus insinuaciones son calumniosas y ofensivas para mí —cortó con voz helada el publicista—. Es usted un magistrado e imagino que conoce mejor que nadie lo arriesgado e irresponsable de una insinuación de ese tipo.

—No he insinuado nada... todavía —avisó Garfield, seco.

—Acaba de relacionarme con un asesino, lo cual ya es bastante. Le ruego que salga de esta oficina de inmediato. Si tiene algo de que acusarme, hágalo por los cauces legales, señor juez, y déjeme en paz como ciudadano.

—Muy bien —Garfield se puso lentamente en pie, estudiando a su interlocutor—. De todos modos, tal vez le interese saber que pienso abrir el dossier de la muerte de Honey Warden y encontrar a su verdadero asesino, del mismo modo que ordenaré una encuesta exhaustiva sobre la intoxicación de Vanity Colby y el intento de asesinato fallido, caiga quien caiga. La primera persona en declarar será sin duda alguna Barney Munro. Pero no desespero de que también le toque a usted pasar por el despacho del Fiscal del Distrito, señor Sheridan. Buenas noches.

Echó a andar hacia la salida. Sheridan, con voz chirriante, le avisó:

—Es sólo un juez, Garfield. Y un juez demasiado joven. No se busque problemas, porque los encontrará. Tengo tantas influencias, que ni siquiera un juez puede asustarme, se lo aviso.

Garfield, sin contestar, cerró la puerta tras de sí.

* * *

—¿Vanity Colby? Lo siento. Nadie puede visitarla.

—Lo sé, agente —sonrió Garfield—. Soy amigo del teniente Riordan, de Homicidios. Y magistrado de la Corte de Nueva York.

Mostró su credencial. El policía de servicio asintió, mostrándole la puerta cerrada ante la que montaba guardia.

—Sigue inconsciente —dijo—. Pero está fuera de peligro. Al menos en lo que respecta a las drogas, claro. Nunca se sabe si volverán a intentar matarla por eso hemos extremado las precauciones. Ni siquiera los enfermeros pueden entrar, por si algunos de ellos es suplantado. ¿Desea verla señor juez?

—No, no es necesario, estando inconsciente. Ya la veré cuando vuelva en sí. Lo importante es que no corra peligro su vida. Siga cuidando de ella con igual celo, agente. Su vida puede ser trascendental para muchas cosas.

—Descuide, señor. Para mí, toda vida lo es.

Garfield se encaminó a los ascensores. Antes, contempló curiosamente a una mujer sentada en un sofá del corredor del hospital, no lejos de donde se hallaba internada Vanity. Sus piernas le llamaron de inmediato la atención. Eran largas y muy bien formadas. Su falda, subida hasta medio muslo, permitía apreciar toda su belleza y longitud.

Ella alzó la cabeza, mirándole. Garfield se dijo que era una chica muy atractiva. Boca carnosa, nariz breve, ojos pardos, cabello levemente dorado, y una par de graciosos hoyuelos en la barbilla. El resto de su figura estaba acorde con sus piernas.

—¿Es usted policía? —preguntó ella.

—No —negó él—, ¿Por qué dice eso?

—Como viene de hablar con el agente que vigila a Vanity...

—¿Es amiga de Vanity? —se interesó el juez de inmediato. —En cierto modo —admitió la desconocida—. Trabajamos juntas en una campaña publicitaria.

—Entiendo. También es usted modelo.

—Sí, especialmente de *spots* para la televisión.

—Era natural que lo fuese. Su figura lo dice a las claras. —Gracias, imagino que eso es un cumplido —sonrió ella suavemente, con gran feminidad.

—No. Es una realidad, señorita.

—Me llamo Vicky. Vicky Mason, pero me gusta que me llamen sólo Vicky.

—Yo soy Monty Garfield. ¿Lleva mucho tiempo aquí? —Bastante. Me contaron algo horrible. Intentaron matar a Vanity...

—Me temo que sea cierto, á. Pero por fortuna fallaron. ¿Tan malos enemigos tiene su compañera?

—Nunca lo hubiera imaginado. Vanity es una buena chica. Amable, cariñosa... Claro que no todos sus amigos son de fiar.

—¿A qué se refiere? —preguntó intrigado Garfield, sentándose junto a ella.

—Bueno, no quiero criticarla ni mucho menos. Yo sé lo que es este mundo de la publicidad, y una chica debe buscar como sea apoyos para ir cada vez más arriba. Pero la verdad es que Ralph Enwright no es persona que me haya caído bien jamás.

—¿Quién es Enwright?

—Un buen amigo de Vanity. Salen juntos a cenar y todo eso. Pero es

un tipo raro, poco agradable. Yo que ella, no me fiaría de él lo más mínimo.

—¿En qué sentido?

—En todos. Es un cerdo. Aunque sale con Vanity, desnuda a todos con la mirada, incluida yo. Me hizo sucias proposiciones un día De verdadera náusea, ¿entiende?

—Me temo que sí —sonrió Garfield, comprensivo.

—No, no puedo imaginárselo siquiera. El tal Enwright era muy amigo de Doris, la amante de una amiga de Vanity, llamada Honey.

Garfield se quedó de una pieza. Como si la sangre se solidificara en sus venas.

—¿Cómo ha dicho? — murmuró.

La rubita soltó una carcajada, y le miró con cierta ironía.

—Vaya, parece que usted está chapado a la antigua. Estamos en los años ochenta, señor... Garfield Las cosas hoy en día no sorprenden tanto como antes.

—¿De modo que, según eso, la modelo Honey Warden era... lesbiana?

—Claro. Muchas lo son en nuestra profesión, en el cine, en la televisión... Este ambiente da esas cosas. Homosexuales de ambos sexos, vamos.

—Sí, claro, claro. Y Enwright era amigo de esa tal Doris...

—Eso es. Doris Sheridan, toda la esposa de un magnate de la publicidad, perdidamente enamorada de Honey, una de las modelos de su marido, tal vez la mejor. Así son las cosas. Pues bien, el tal Enwright disfrutaba mucho metiéndose en líos de éstos. Ya entiende, ¿no? Dos chicas y él. Un *ménage a trois* que dicen los franceses.

—Cielos —Garfield sacudió la cabeza—. No soy un puritano, perdone. Pero no tenía ni idea del asunto.

—Pues ahora ya sabe. Bien, el tal Enwright me propuso un numerito de éstos con Vanity y con él, ¿qué le parece? Naturalmente, le envié a un sitio muy feo. Y Vanity no llegó a saber nada de eso.

—Sí, comprendo. Debió ser muy duro para usted.

—Bastante. Desde entonces, sólo el ver a ese individuo me repugna —sonrió la joven de repente y se quedó mirándole con cierta perplejidad—. Bueno, aquí estoy yo hablando con usted aquí de un montón de cosas privadas, y ni siquiera sé quién es usted.

—Un buen amigo de Vanity, se lo aseguro. No debe temer nada. Soy juez y todo cuanto me ha dicho no se lo repetiré a nadie.

—¡Un juez! ¿Tan joven? —se extrañó ella.

—Bueno, sólo he juzgado un asunto y no me siento demasiado satisfecho con él —respondió Garfield con una sonrisa—, Pero no estoy aquí por motivos profesionales. Sólo me interesa ahora la seguridad

personal de Vanity Colby.

—Igual que a mí. ¿Le han dicho cómo sigue?

—Al parecer, fuera de peligro, no se preocupe. ¿Puedo hacer algo por usted, como invitarle a tomar algo, por ejemplo? Es la hora de la cena, si no me equivoco. ¿O piensa quedarse aquí toda la noche?

—No, no —suspiré la joven, poniéndose en pie—. Acepto su ofrecimiento de mil amores, Garfield. Aquí cerca hay un restaurante donde podemos tomar algo. ¿Seguro que no le voy a complicar la vida con eso?

—Seguro —rió él—. Tengo esposa y me espera en casa, no crea que trato de iniciar una aventura con usted o hacerle proposiciones como las de ese Enwright. Sólo que ya llegaría demasiado tarde para cenar, y además tengo que pasar por mi despacho del Palacio de Justicia, antes de volver a mi hogar. De modo que puede venir conmigo con la conciencia bien limpia.

—Eso me tranquiliza. ¿No le disgustaría a su esposa saber que cena con una chica como yo?

—Eso lo sabrá al volver —sonrió Garfield—. Nunca le oculto a ella nada de lo que hago. Esta noche, si está aún despierta a mi llegada, sabrá que cené con una bonita chica de hermosas piernas.

—Es usted estupendo, juez Garfield —rió ella jovialmente, cogiéndole del brazo—. Su mujer debe de ser muy feliz por tener un marido así.

—Nunca se lo he preguntado. Lo haré mañana, seguro —prometió el joven magistrado jovialmente, echando a andar junto a la esbelta y llamativa muchacha del pelo dorado oscuro y las largas y bellas piernas.

* * *

Vicky Mason contempló los certificados de estudios, el título de magistrado por la ciudad de Nueva York y todo cuento adornaba los muros del despacho del juez Garfield en el edificio judicial de la ciudad de Nueva York donde ejercía su cargo.

Mientras, él revisaba el dossier del caso Bridges minuciosamente, haciendo anotaciones rápidas en una agenda, y retirando documentos para extraer fotocopias de todos ellos. Su luz era la única que brillaba en el majestuoso y sobrio edificio de los tribunales neoyorquinos, mientras afuera, el calor húmedo de la noche de Manhattan había ahuyentado aquel viernes a todo automovilista o peatón, pareciendo desierta la urbe. Sólo los luminosos, con sus guiños multicolores, prestaban un cierto pulso de vida a la gran ciudad.

—¿Qué diría alguien si viese a un severo juez en su despacho, a estas horas de la noche, en compañía de una muchacha modelo de publicidad,

que casi siempre sale en bikini o en *shorts* —preguntó ella de repente, dejando de contemplar los documentos enmarcados que señalaban una carrera de Leyes brillante y rápida, desde abogado hasta juez del Distrito.

Garfield alzó su cabeza de los papeles. Se permitió una leve sacudida y un gesto irónico.

—Eso nunca me ha preocupado —manifestó—. Con saber yo que no tengo nada que reprocharme, me basta y me sobra. Lo que opinen los demás me tiene sin cuidado.

—Lo dicho. Es usted increíble, Garfield. Para sus propios actos, sólo admite un juez: usted mismo.

—Así es. El día en que sepa que obro mal y me juzgo con demasiado tolerancia, tal vez comprenda que cometo un error y cambie de modo de pensar, pero por ahora eso no ha ocurrido. Puede estar tranquila. Si le dije que viniera conmigo después de cenar, es porque no hay en ello nada reprochable ni de lo que deba avergonzarme. Ahora mismo término, la dejaré en su casa y seguiré hacia la mía.

En ese momento se interrumpió al sonar el teléfono. Enarcó las cejas, sorprendido, y miró su reloj.

—Son las diez y cuarto de un viernes excesivamente caluroso —comentó—. ¿Quién puede llamar a un despacho del Palacio de Justicia, a menos que sea un error?

Descolgó al insistir la llamada, con un encogimiento de hombros.

—Juez Garfield —dijo—. ¿Quién llama?

Siguió una corta pausa en total silencio. Luego, un susurro sordo brotó del auricular:

—Juez Garfield, deje de meterse en lo que no le concierne.

—¿Eh? —se sobresaltó—. ¿Qué es esto? ¿Quién llama?

—Un buen amigo —jadeó la voz—. No dirá que no le aviso. Olvídese de Honey Warden y todo lo demás, o va a pasarlo mal. Supongo que no querrá verse en problemas demasiado serios.

—¿Eso es una amenaza? —interpeló agriamente.

—De momento, sólo una advertencia. No desafíe demasiado a su suerte. Si le hacemos otra advertencia, podría no gustarle nada. Piénselo bien y olvide el asunto, juez.

Sonó el «clic» característico del corte de comunicación. Ceñudo, Garfield colgó a su vez, quedándose pensativo, la mirada fija en el teléfono. Vicky Mason se acercó a él. Se inclinó sobre la mesa. Sus ojos pardos tenían un brillo peculiar.

—¿Malas noticias, juez? —preguntó.

—¿Por' qué sabe que lo son? —replicó él, distraído.

—No hay más que ver su cara —rió ella—. Ciertamente, no le han felicitado las Pascuas.

—Tiene toda la razón. Alguien pretende coaccionarme. No sé si sólo es un intento por meterme miedo en el cuerpo... o amenaza seria Tendré que considerarlo en lo sucesivo.

Tras una indecisión, descolgó de nuevo y marcó un número. Cuando hubo establecido comunicación, pidió por el teniente Riordan.

—No está —te dijeron—. Si quiere dejar algún encargo para él...

—Sí. Que me llame a mi casa en cuanto vuelva al Departamento de policía Soy el juez Monty Garfield y es urgente. Dígale que he recibido amenazas serias para que deje el caso Warden. Añada que deseo informes concretos y lo más completos posibles sobre Doris Sheridan, la esposa del magnate de la publicidad, sobre el propio marido de ella y sobre un tal Ralph Enwright. Eso es todo.

Colgó, dejando los documentos y tomando su chaqueta de un colgador. Cogió por el brazo a la modelo e indicó:

—Vámonos ya. No tenemos nada que hacer aquí.

La llevó a su casa, situada en la zona sur de Manhattan. La joven, al despedirse ante la puerta de un vulgar edificio de apartamentos, dio un beso a Garfield en la mejilla y le habló con dulzura:

—Buenas noches, juez. Gracias por todo. Lo pasé muy bien. Mis respetos a su mujer. Dígale que la envidio, sinceramente.

Garfield sonrió, oprimiendo con afecto el brazo de la muchacha, y Vicky Mason desapareció tras la puerta de su casa con su rápido y breve taconeo. El juez regresó a su coche y emprendió la marcha hacia Stamford.

Cuando llegó, tal y como esperaba, Laura dormía, y había dejado para él, en el frigorífico, algo de cena fría y una cerveza a punto. Apuró ésta, sonriente, y se encaminó a la cama, sintiéndose particularmente cansado.

Capítulo IV

EL cielo encapotado del sábado presagiaba más bochorno y humedad, aunque no hubiera el sol abrasador de días atrás.

Laura escuchó a su esposo la historia de lo sucedido la noche anterior, con una sonrisa en sus labios, mientras servía el desayuno en la amplia y luminosa cocina.

—¿Es bonita la muchacha? —preguntó al final, tendiendo la mantequilla a Monty.

—Mucho —asintió él—. Ya te dije que es una modelo perfecta. Una buena chica, creo. Pero lo que pintó del mundo de la publicidad y de las modelos, no resultó nada edificante. Imagino que ella también terminará hundiéndose en ese fango, quiera o no, a menos que renuncie a ser alguien en su ambiente.

—¿Te gusta?

—¿Quién? ¿Vicky Mason? Claro que sí —rió Garfield—. Como puede gustarme un bonito coche o una buena película. Pero en el sentido en que tú lo dices, la única que me gusta eres tú, no debes tener la menor preocupación.

—No la tengo. Sólo quería saber lo sincero que puedes llegar a ser en la vida, Monty —ella alargó sus manos, tomando las de él, y le miró profundamente a los ojos, con dulce y amorosa sonrisa—. Por eso te quiero tanto, Monty. Eres único. Doy gracias a Dios por haberte encontrado en mi camino. Esa chica tuvo razón al decir que me envidiaba. Yo...

Se interrumpió al sonar el teléfono. Fue el supletorio de la cocina, lo descolgó y habló brevemente por él. Luego se lo tendió a Monty Garfield.

—Es para ti —dijo—. El teniente Riordan, de Homicidios.

Garfield acudió rápido al teléfono, dejando a medio comer su tostada con mantequilla. La voz del policía sonó inconfundible al otro extremo del hilo:

—¿Qué hay, amigo? —habló—. ¿Descansaste bien?

—Claro. Estaba rendido anoche cuando llegué a casa.

—Lo supongo, Me dieron tu recado. ¿Qué es lo que estás buscando exactamente, Monty?

—No lo sé. Alrededor de Honey Warden había más basura de lo que

imaginamos y de cuanto salió en el juicio. Allí no se dijo ni la décima parte. Según una buena amiga, Honey era lesbiana y tenía relaciones amorosas con la esposa de Sheridan.

—Sí, hemos investigado a Doris Sheridan, la esposa del magnate de la publicidad. Tiene antecedentes en ese terreno. Perteneció a una organización homosexual y ha sido procesada dos veces por seducir a jovencitas menores de edad, pero en ambos casos salió absuelta por falta de evidencias. Las chicas retiraron sus denuncias, tal vez coaccionadas o sobornadas.

—Vaya pájara... ¿Y Ralph Enwright?

—Otro buen elemento. Es un depravado. Tiene tanto dinero como vicios y le gustan los modelos jóvenes y las *starlets* fáciles. Se le sabe relacionado con orgías de todo tipo. ¿De dónde sacaste esa galería de granujas?

—Del mismo lugar: una persona que conocía todos esos líos. ¿Estaban liadas aún la esposa de Sheridan y Honey cuando ésta fue asesinada?

—Sí. Pero ahora Doris Sheridan es la amante de un tal Agnes Copland.

—¿Copland? Me suena ese nombre —dijo Garfield, pensativo.

—Lo supongo —rió el teniente al otro extremo del hilo—. Es la esposa de un alto funcionario del Departamento de Justicia, Roger Copland.

—Dios mío, no. ¿También ahí hay basura?

—Por lo que se ve, en todas partes. Es la moda, Monty. La gente busca emociones nuevas y todo eso. Y como los tiempos cambian, ahora ni siquiera es delito...

—Eso me tiene sin cuidado, Mark. Lo peor es cuando esas cosas se mezclan con el crimen, con la muerte de seres humanos... Y el crimen aún es un delito, que yo sepa.

—Claro, claro. ¿Sabes qué dirían esas fulanas? Que eres un reaccionario.

—Me tiene sin cuidado lo que digan. Sigue investigando todo eso y dame los resultados cuando los tengas.

—Como quieras, Monty. ¿Por qué te ocupas de todo esto? Podrías dejármelo a mí. Me dijeron que te habían amenazado anoche...

—Fue por teléfono —asintió Garfield, comprobando que su esposa no estaba en ese momento en la cocina—. Una voz ominosa, ronca. Como en las malas películas. No van a lograr apartarme de esto.

—Eres un juez, Monty. Déjame a mí y tú ocúpate de gozar del fin de semana...

—Soy un juez que tal vez cometió su primer grave error e en su primer juicio por asesinato. No puedo sentirme tranquilo Mark. Seguiré

con esto, te guste o no.

—A mí ya te dije que me tenía sin cuidado. Pero hay otros que no piensan igual, ya lo has empezado a comprobar...

—Yo resolveré eso a mi modo, Mark. Llámame cuando haya algo. ¿Qué sabes de Vanity?

—Ya volvió en sí. Está bien. No corre peligro alguno. Hoy hablaré con ella de su supuesto intento de suicidio y del intento de asesinato.

—Me gustaría estar presente. Tal vez baje a la ciudad luego. Nos veremos.

Colgó. Laura le contemplaba desde la puerta, con las llaves en la mano.

—¿Otra vez fuera? — indagó.

—Será sólo un par de horas o tres, a lo sumo. Deseo hablar con la chica que sufrió la intoxicación de barbitúricos. Puede ser importante.

—¿Saldrás antes de que yo vuelva? Voy al supermercado para comprar algunas cosas que faltan... Estaré aquí antes de media hora. Voy a usar mi coche, Monty.

—No, ya no estaré. Así volveré antes —se acercó y la besó—. Estaré aquí antes de la hora de almorzar, no te preocupes.

—Te estaré esperando con la mesa puesta, querido —sonrió ella, alejándose.

Garfield iba a volver a sus tostadas y café, cuando el teléfono sonó de nuevo. Laura cruzó el jardín, hacia el garaje inmediato. El juez resopló, volviendo a tomar el aparato.

—Juez Garfield — dijo—. ¿Quién es?

—Hola, juez. ¿Pensó bien lo que le dije anoche?

Se puso rígido. Otra vez aquella voz susurrante y amenazadora. Sintió una fría ira. Su voz casi mordía las palabras al responder:

—No. No valía la pena pensar nada. Déjeme en paz, no va a asustarme.

—¿De modo que se siente valiente, juez? —rió aquella voz irritante—. Hace mal, muy mal. Puede arrepentirse de eso muy pronto...

—Escuche, sea quien sea. No me asustan las amenazas. He empezado algo y pienso seguirlo hasta el final, le guste o no a usted y a la gentuza que está tras de usted. Pienso hallar al verdadero asesino de Honey Warden, al que intentó matar a Vanity Colby y a todo el que tenga hundido su cuello en esa basura maloliente. Sepa eso de una vez por todas, y deje de importunarme con llamadas inútiles. Yo no soy de los que se dejan coaccionar o sobornar. Hay jueces que todavía no se venden.

—Peor para usted —silabeó su misterioso comunicante—. Dentro de poco puede que lamente sus palabras... y mucho. Adiós. Esta es la última advertencia que recibe. Lo que siga ahora... va a ser ya peor para

usted, juez.

De nuevo aquel, «clic» en el teléfono. Garfield colgó, airado.

Y, de súbito, el infierno.

Fue como si toda la casa se conmoviera, sacudida por la erupción de un volcán situado bajo sus cimientos. Tembló el suelo, estallaron los vidrios de las ventanas y puertas en mil pedazos, y el propio juez fue lanzado contra el muro, mientras numerosos tarros y botas se desplomaban desde sus estanterías, haciéndose añicos en el suelo de la cocina.

Aterrado. Garfield se rehízo, mirando aturdido en torno. Allá fuera, al otro lado de la destrozada ventana, una densa humareda planeaba por el jardín.

Una idea atroz, lacerante, asaltó su cerebro. Todo su cuerpo se estremeció en una terrible convulsión. Se lanzó hacia la puerta gritando:

—¡Laura, Laura! ¡Laura...!

Salió al jardín. Todo era un caos. Cercanos bungalows se habían poblado repentinamente de ocupantes amedrantados, que asomaban en busca de las causa de aquella explosión. Lívido, sintiendo un frío glacial en sus venas, Garfield comprobó que la humareda más densa partía del garaje, y que las llamas lamían los muros de éste.

—¡No, no, Dios mío! —clamó—. ¡Laura, querida mía...!

Avanzó dando trompicones a través de los setos y macizos de flores, destrozados por la onda explosiva, penetró en el garaje, alucinado...

Todo el horror del suceso se presentó, descamado, ante sus ojos. Pudo ver, mudo de pavor, cómo el coche de Laura era una retorcida masa de hierros ennegrecidos, de asientos reventados, de sangre y despojos humanos... y que incluso su coche ardía, a punto de estallar.

Laura había perecido en el acto, destrozada por la explosión que hizo añicos su vehículo.

* * *

—Fue al introducir la llave para el encendido. Apenas la giró, todo saltó por los aires.

—¿Una bomba?

—Y de gran potencia. No tenía ninguna posibilidad de sobrevivir. Su cuerpo ha sido virtualmente reventado por la explosión...

El teniente Riordan calló, tras explicar todo a su vecina de asiento. Vicky Mason asintió, muy pálida, sus ojos perdidos en el vacío. Allá, ante ellos, el féretro esperaba el momento de ser trasladado al cementerio. Ante él, un Monty Garfield lívido, de extraña rigidez y mirada ausente, montaba una guardia patética, estremecedora. El reverendo terminaba su alocución, y los asistentes al funeral

permanecían en un respetuoso silencio.

—Pobre juez Garfield —fue lo único que atinó a murmurar Vicky Mason, enjugando una lágrima con su pañuelo, y no por primera vez desde el inicio de la fúnebre ceremonia.

El traslado al cementerio fue silencioso y sombrío. Estaban cayendo algunas gotas de lluvia, gruesas y calientes, que en nada paliaban el bochorno del caluroso verano neoyorquino. Los rostros de los presentes aparecían húmedos de sudor casi durante todo el tiempo. Sólo Garfield aparecía con la piel seca, estirada, como si en vez de epidermis llevase encima una máscara inexpresiva, fría y artificial. Los ojos, fijos en la nada, eran sólo dos destellos metálicos, helados, deshumanizados.

Cuando fue bajado el féretro al sepulcro, se alteró algo la serenidad de Monty Garfield. Se inclinó sobre el ataúd donde reposaba la esposa a quien ya no volvería a ver, puso su mano sobre la lustrosa caoba rematada por el crucifijo plateado, y habló con voz ronca pero perfectamente audible para todos en la recoleta paz del cementerio:

—Yo te maté, Laura. Fue como si hubiera puesto el explosivo y lo hubiese hecho funcionar. Yo tuve la culpa de todo. Rechacé unas amenazas, sin saber que era a ti y no a mí mismo a quien sentenciaba con ello. Perdóname, Laura querida. Perdóname algún día, si te es posible. Ya lo único que puedo hacer es vengar tu muerte. Hacer justicia en los asesinos. Pero a mi modo. Como tiene que hacerse justicia cuando la Ley no sirve: ojo por ojo, diente por diente. Lo juro, Laura. Yo te vengaré... En lo sucesivo ya no me conformaré solamente con ser juez. Seré juez, jurado y verdugo. Adiós, Laura. Y perdón. Perdón, vida mía...

Se apartó, ayudado por el teniente Riordan. Garfield enérgico, rechazó esa ayuda. Permaneció quieto, solo ante la tumba, mientras los demás se iban retirando lentamente hacia la salida, respetando su silencio y su soledad junto al ser querido.

Después, muy lentamente, el juez emprendió el camino hacia el coche negro que le aguardaba. Riordan estaba dentro, con una amiga de Laura y con el fiscal Winslow. Empezaron la marcha de regreso. En otro coche, iba Vicky Mason con un ayudante del teniente Riordan, pero Garfield ni siquiera la vio.

Rodaron en silencio un tiempo. Nadie parecía atreverse a romper el mutismo general. Fue Winslow al final quien lo hizo.

—Garfield debes descansar ahora. Sé que será difícil, pero inténtalo...

—¿Descansar? —los fríos ojos inexpresivos se fijaron en él desde la pálida faz del juez—. Lo veo difícil, Winslow. No es momento de descansar, sino de trabajar.

—Monty, tu colega tiene razón —terció Riordan—, Por trabajar en lo que no debías ha ocurrido esto. Ahora olvídate del asunto. Nosotros

vamos a ocuparnos de él a fondo te lo aseguro.

—No, Mark —rechazó el juez—. Seré yo quien se ocupe de ello. Era mi mujer. Y esos canallas asesinos la mataron sin tener culpa de nada. ¿Por qué no me atacaron a mí, por qué no?

—Suelen utilizar esos métodos. Saben que un golpe así destruye más que la misma muerte a un enemigo peligroso.

—Pues conmigo se han equivocado. No me han destruido aún. Ahora, menos que nunca. No cejaré hasta verles a todos muertos, como lo está Laura.

—Garfield, desvarías —le reprochó vivamente Winslow—, ¿Olvidas ya que no existe la pena de muerte en nuestro Estado?

—La pena de muerte existe siempre, Winslow —replicó Garfield fríamente—. Que la Justicia no la aplique es una cosa. Pero entonces quedamos nosotros, los hombres, para hacerla efectiva.

—¿Qué estás diciendo, Dios mío? —se asustó Riordan—. ¿No pensarás que vas a hacer lo que prometiste tan a la ligera, y llevado de un justo dolor, ante la tumba de tu esposa?

—Eso es, justamente, lo que pienso hacer —afirmó sombríamente.

—Winslow, trate usted de hacerle ver las cosas razonablemente. El, menos que nadie, debe hablar así. ¿Qué diría un país de uno de sus jueces, que proclama a los cuatro vientos lo justo de la Ley de Tali3n, el retomo a la jungla?

—Fueron ellos los que actuaron como bestias feroces, Mark, al asesinar a Laura. Yo no haré sino devolverles golpe por golpe.

—No puedes hacer eso, y lo sabes —Winslow trató de ser persuasivo—. Eres un juez, un miembro de la Justicia americana, un defensor de la Ley...

—No, ya no.

—¿Qué quieres decir?

—He renunciado a ser juez —informó glacialmente Garfield—. Esta misma mañana cursé mi renuncia formal al Departamento de Justicia. Ya no soy el juez Garfield. Sólo soy el ciudadano Monty Garfield. El verdugo Garfield en todo caso.

—Estás loco, Monty. Tirar así una carrera por la borda en plena juventud —el policía sacudió la cabeza—. Eso no va a devolver la vida a Laura.

—Lo sé. Pero honestamente, no se puede ser todo a la vez. Prefiero ser jurado y verdugo antes que juez. Por Laura ya nadie puede hacer nada. Sólo castigar a los culpables.

—Para eso está la Ley, Garfield —le recordó secamente Winslow, removiéndose inquieto en el asiento—. Podemos aún retener esa dimisión, evitar que le den curso...

—¡No! —fue tajante el juez—. Nadie hará tal cosa. Está decidido,

Winslow. Ya no me volveré atrás.

—Aunque así sea, Monty, ello no te autoriza a andar por ahí matando gente —le advirtió gravemente Riordan—, Si lo haces así, si cometes esa locura, será la propia Ley la que caerá sobre ti con todo su peso. Yo mismo dejaría de actuar como amigo tuyo y sería solamente un policía, dispuesto a arrestarte por homicidio o asesinato, según fuese la cosa.

—Nunca he esperado otra cosa —rió Garfield huecamente—, Pero ¿tendréis las pruebas suficientes para ello? ¿Creéis que dejaré indicios de mi culpa como para ser juzgado y condenado? Es misma Ley que muchos burlan, también un antiguo juez puede burlarla Con más motivos, puesto que la conoce bien.

—No puedo creer que estés hablando en serio, Monty.

—Pues no es momento para bromear, bien lo sabes. Por mi culpa han muerto ya dos personas: Bridges, un inocente condenado por mí mismo, y mi propia esposa, a quien no protegí lo suficiente de unos asesinos sin conciencia. Mi vida ya no tendría objeto si no la dedicase íntegramente a hacer justicia, aunque de un modo muy distinto al que podría hacerla siendo juez. No se hable más del asunto. No vais a disuadirme de mis proyectos.

—Como quieras, Monty —suspiró el oficial de Homicidios—. Pero después, no te quejes de las consecuencias. En cuanto te manches las manos de sangre, ya no tendré piedad de ti.

—Mejor. No pido piedad de nadie. Pero que nadie la espere de mí —concluyó con una voz fría, metálica y estremecedora el que había sido juez sólo por un proceso.

Capítulo V

—LE aseguro que son las mejores armas que encontrará en el mercado, señor. Y las más modernas y eficaces.

Garfield no comentó nada, mientras su interlocutor hablaba, mostrándole toda su mercancía clandestina, compuesta de los más sofisticados modelos de pistola de gran calibre existente en la actualidad. Armas provistas de silenciador especial de gran alcance, de mira graduable, acoplable a miras telescópicas de diverso tamaño, de munición poderosa, capaz de abatir a un búfalo o a un elefante en plena carrera. Junto con esas armas, se veían dispositivos especiales para llevarlas ocultas en los lugares más insospechados, accionables luego mediante resortes que depositaban súbitamente entre los dedos el arma deseada, a poco que se practicara el procedimiento.

—Me quedo con estas tres —dijo, señalando la más voluminosa, la más pequeña y otra desmontable, que podía ser indistintamente pistola automática o rifle portátil, con un cargador de hasta veinte proyectiles.

—Ha elegido bien, señor —sonrió el traficante, complacido—. Lo mejor... y lo más caro. No podré vendérselo por menos de dos mil quinientos dólares...

—Me parece bien. Me quedo con todo ello a ese precio. ¿Sabe de alguien que pueda facilitarme chaleco antibalas liviano, poco visible, y cosas por el estilo?

—Claro, señor. Le enviaré recomendado a un amigo. Le podrá facilitar desde un chaleco antibalas imposible de advertir bajo la ropa, a un sombrero recubierto interiormente de malla de seguridad protectora, que hará muchísimo más difícil que impacte un proyectil en su cráneo, y cosas por el estilo. Es el mejor en esa clase de mercancías, casi toda ella importada.

—Muy bien —Garfield pagó los dos mil quinientos dólares y abrió un maletín, en cuyo doble fondo, perfectamente dispuesto, guardó toda la mercancía adquirida—. Déme esa dirección, amigo.

* * *

Ya lo tenía todo.

Se contempló en el espejo. Accionó sus brazos, logrando empuñar en

cada una de sus manos un arma, disparada por el resorte del acoplamiento en su brazo. Satisfecho, probó a empuñar la tercera pistola, que llevaba en la axila izquierda. También salió rápida de su funda. Complacido, tanteó la camisa, notando el chaleco protector que ceñía su cuerpo. Recogió el sombrero blindado, de apariencia tan normal como cualquier otro, y se dispuso a salir a la calle.

Sabía que a partir de ahora comenzaba una difícil carrera contra los asesinos y contra la Ley que él había representado hasta poco antes. No le importaba el resultado final, siempre que culminase su tarea. Lo complicado sería llegar hasta el fin sin caer ante unos u otros.

El primer lugar que visitó fue el hospital. Vanity Colby estaba ya casi totalmente recuperada, a punto de ser dada de alta. La visitaban en esos momentos dos de sus amigos: Vicky Mason y su manager Shelby Ashland. Este hizo las presentaciones. Garfield estrechó la mano de Vanity, notando la mirada de Vicky fija en él.

—Es un placer conocerla en tan buen estado —dijo cortésmente—. Hubo un momento en que su vida parecía estar en muy precaria situación, señorita Colby.

—Mi amiga Vicky me ha hablado ya de usted, juez Garfield —sonrió la pelirroja muchacha, cuyo atractivo rostro seguía mostrando una cierta palidez, aunque no la que viera Garfield en la camilla aquel día—. Gracias por su interés en mi persona.

—No tiene por qué agradecerme nada —se sentó junto al lecho y la miró, interesado—. ¿Ya le informaron de lo sucedido mientras estaba inconsciente?

—¿Se refiere a... a lo que pasó con aquel asesino? —se estremeció ella—. Dios mío, claro que sí. Fue espantoso. Aún no me explico cómo pudo ocurrir algo así...

—¿Quiere decir que ignora la causa de que tratasen de matarla?

—Cielos, claro que sí. ¿Por qué desearía nadie atentar contra mi vida?

—¿Eso quiere decir que fue usted misma quien se tomó los barbitúricos?

—Pues... sí —inclinó la cabeza—. No sé lo que me pasó. Estaba muy deprimida y no podía dormir. Tomé varias cápsulas. Pero nunca pensé que me causaran tanto daño...

—¿Es posible que alguien la hiciese ingerir después *más* cápsulas de las que ya había tomado?

Los ojos grandes y azules de Vanity miraron con cierto asombrado temor a su visitante. Parecía inquieta ante la posibilidad sugerida por Garfield

—Bueno, podría ocurrir, pero ¿quién y por qué? Además, dentro de casa...

—Dentro de esa misma casa, alguien mató a su compañera Honey Warden una noche. Todos pensamos que ese alguien era Nelson Bridges, pero él se suicidó, afirmando su inocencia.

—Lo sé —la mirada de Vanity se enturbió—. Pobre Nelson... Eso me afectó también mucho. Cuando supe la noticia, es cuando tomé las cápsulas...

—De modo que de igual forma que entró alguien en su ausencia, a matar a Honey, pudo entrar ese día a matarla a usted, aprovechando su afición a los somníferos demasiados ricos en barbitúricos.

—Pero ¿cómo pudo entrar? Yo no abrí la puerta a nadie...

—Usted dio una llave de ese apartamento a alguien —fe recordó Garfield, mirándola fijamente—. ¿Lo ha olvidado ya acaso?

—Oh, Enwright... —ella se mordió el labio, incómoda—. Pero Ralph es de fiar... Es un amigo...

—Nadie es de fiar cuando un asesino anda suelto por ahí —sentenció Garfield gravemente—. ¿Está segura de que no sabe usted algo comprometedor para alguien, pongamos por caso?

—No, no lo creo —susurró Vanity, sorprendida—, ¿Por qué dice eso?

—Porque estar dos veces al borde de la muerte, la primera a causa de una sospechosa sobredosis de somníferos, y la segunda cuando un asesino a sueldo iba a inyectarle aire en las venas, haciéndose pasar por un enfermero, resulta demasiado significativo cuando la víctima elegida es una muchacha que se dedica a una profesión tan inofensiva como modelo de publicidad.

—Pero es que yo no sé nada... Se lo juro, juez. Nada de nada, que pueda comprometer seriamente a alguien.

—¿Ni siquiera algo relacionado con Honey... o con su amante, Doris Sheridan? —sugirió suavemente Garfield, haciendo dar un respingo al manager Ashland, que de inmediato se quitó las gafas de gruesa montura y comenzó a enjugar el copioso sudor de su rostro con un pañuelo, con nerviosos modales.

—De modo que sabe eso... —susurró Vanity, bajando la cabeza—. Verá, yo no era nadie para meterme en la vida de Honey. Ella tenía muchos amigos, amantes, hombres ricos que la mimaban y daban dinero. Otros amantes como Bridges, que era sólo por sexo, aunque peleasen y discutieran. Pero las mujeres podían ayudarla mejor en su carrera, sin ser lesbiana auténtica. Le advertí una vez que eso podía ser peligroso, pero no me hizo caso. Su «amistad» con Doris Sheridan le había permitido mejorar su contrato y alcanzar la cumbre de su carrera, de modo que seguía dispuesta a jugar la baza de la homosexualidad en su beneficio. Honey era encantadora, pero no tenía ningún escrúpulo.

—Empiezo a darme cuenta de ello, sí —asintió Garfield, pensativo—. ¿No cree, entonces, que esas desviaciones sexuales pudiesen provocar su

trágico fin... y amenazar su propia vida, Vanity?

—Que ella pudiese llevarla a morir como murió, no lo sé. Pero respecto a mí, juez, no tendría sentido, porque jamás me metí en nada ni supe cosas que no supiera mucha gente de la profesión. Las relaciones de Honey con Doris eran del dominio público en el mundo de la publicidad.

—Pero luego rompió con ella, al parecer. Poco antes de su muerte, ¿no?

—Se distanciaron algo, pero no creo que llegaran a romper del todo. Después de morir Honey, sí. Supe que Doris tenía relaciones con otra mujer de su propia clase y condición social.

—Así es —afirmó Garfield, con un gesto ceñudo—. Con Agnes Copland, esposa de Roger Copland, alto funcionario del Departamento de Justicia y uno de los candidatos a fiscal general del próximo período de elecciones.

—Cielos, pensaba que esas cosas sólo se daban en la publicidad, el cine... —terció Ashland, sobresaltado.

—Pues ya ve que no. También la política está podrida hoy en día. Bien, creo que no la molestaré más, Vanity. Necesita usted descanso, y veo que no puede serme de mucha ayuda en todo esto, aunque lo esté intentando. Gracias y buena suerte. La veré otro día cuando esté usted en su casa.

—Sí, por favor, venga a verme cuando quiera. Me gustara charlar de nuevo con usted, juez Garfield.

—Procuraré que esté sola para no importunarla demasiado —sonrió Monty.

—Estaré sola, se lo aseguro. He decidido romper con Ralph Enwright. Es un rufián. Ni siquiera se ha dignado molestarse en venir a verme.

—Hará bien. No tengo buenas referencias de él, la verdad. Gente como ese tipo no le conviene...

Salió, cerrando suavemente tras de sí, y descendió al vestíbulo del hospital. Le pareció notar que un tipo que leía un periódico, acomodado en una butaca del fondo, se levantaba al pasar él e iniciaba la marcha hacia la calle en pos suyo.

—Puede ser casualidad —se dijo—. O puede ser un hombre de Riordan... o uno de «ellos»...

Encajó las mandíbulas, fingiendo no notar nada, y salió a la calle. Se encaminó al aparcamiento de automóviles del hospital, con paso largo y rápido. Miró de soslayo hacia una vidriera. Se reflejó en ella el hombre del periódico. Caminaba a sus espaldas, a cosa de treinta yardas de distancia.

De súbito, de entre los coches aparcados surgieron tres hombres.

Llevaban los rostros cubiertos con medias de nylon, deformando sus cabezas y facciones. Los tres empuñaban armas de fuego.

A su espalda, el hombre del periódico también actuó, dejando caer al diario, para mostrar, bajo el mismo, una pesada automática, provista de silenciador. Todas las armas de los individuos eran silenciosas, a juzgar por los tubos que prolongaban sus cañones. Las cuatro se asestaron hacia él.

Garfield actuó con celeridad. Se arrojó rápidamente junto a un seto del aparcamiento, y las armas de sus adversarios sonaron con ahogados chasquidos. Sintió un proyectil golpeando su cuerpo, sin perforar el chaleco antibalas. Los demás pasaron sobre su cabeza, al haberse inclinado él con celeridad, alargando sus brazos en un impulso seco y enérgico.

Se dispararon los resortes de sus antebrazos, y brotaron las dos pistolas en sus manos. Comenzó a disparar implacable, fríamente, sobre aquellos enmascarados.

Antes de que éstos tuvieran tiempo de repetir su descarga asesina sobre el juez, éste había alcanzado mortalmente a dos de ellos. Les vio saltar atrás, martilleados por las potentísimas balas de una de sus pistolas, y el tercero recibió un impacto de bala, inmediatamente después, en plena cabeza. Aunque pertenecía a la pistola de menor calibre, el punto de destino de la bala acabó con la vida del pistolero en un instante. Los tres agresores desaparecieron entre los coches, quedando inmóviles entre sus ruedas y carrocerías, mientras varios regueros de sangre corrían por el asfalto.

El cuarto hombre logró alcanzar con un disparo en la cabeza a Garfield. El proyectil rebotó con áspero maullido en su sombrero, sin hacer otra cosa que desgarrar su fieltro. El refuerzo interior contra las balas acababa de salvarle la vida.

Atónito, sin poder creer lo que veía, el tipo del periódico trató de vaciar su automática sobre el cuerpo de Garfield, mientras emprendía veloz carrera.

El juez, dispuesto a conseguir un testigo con vida, apretó el gatillo de su arma sin vacilar. El taponazo acusó la salida de la bala. Pero el fugitivo, en ese momento, cometió el grave error de agazaparse para ofrecer menos blanco. La bala que iba dirigida al muslo del pistolero le alcanzó de lleno en la cabeza. Y era un proyectil de pesado calibre.

Reventó el cráneo del fugitivo como si fuese un fruto maduro, llenando de sangre, esquirlas de hueso y masa encefálica la pared del hospital y el suelo asfaltado, mientras el cuerpo daba un tumbo grotesco y caía de bruces en tierra, para no moverse más.

—Mala suerte —jadeó Garfield—. No debió agacharse...

Ahora no hay testigos vivos que puedan decirme quién les envió a

asesinarme...

Contempló los cuatro cadáveres fríamente. Guardó sus armas y se incorporó tranquilamente, entrando en su coche. La noche, en el exterior del hospital, parecía no haberse alterado. Nadie pasaba por el lugar, y nadie vio ni oyó nada, dado el carácter silencioso de las armas utilizadas.

Sorprendentemente, cuando el juez se alejó del lugar en su automóvil, los cuerpos seguían allí sin vida, y ni un solo ser humano se había enterado de la masacre.

* * *

Matanza a las puertas de un hospital. La policía busca a alguien que acabó con la vida de cuatro pistoleros profesionales con amplios antecedentes policiales. El tiroteo no fue oído ni presenciado por nadie.

El teléfono interrumpió la lectura de los titulares de la edición especial de la mañana. Garfield aplastó su cigarrillo en el cenicero y tomó el aparato con calma.

—Garfield —dijo—. ¿Quién es?

—Supongo que esperabas ya mi llamada, ¿no? —tronó la voz de Riordan.

—Mark, amigo... ¿Ocurre algo? —preguntó él suavemente.

—Bien sabes lo que ocurre, maldita sea. ¿Es que quieres convertir esto en el Chicago de los años veinte?

—Temo no entender nada de lo que dices. Estaba leyendo en un diario la noticia de una masacre a las puertas del hospital...

—Hospital donde tú estuviste anoche, poco más o menos a la hora de ocurrir todo lo que dice ahí, ¿verdad?

—No sé a qué hora sucedió esto, Mark, pero yo no vi nada. No te sirvo de testigo.

—Yo no busco un testigo. Busco un culpable.

—Pues hazlo. Yo no soy ya juez, ¿por qué me cuentas eso?

—Infiernos, lo sabes muy bien. Porque tú mataste a todos esos tipos.

—¿Yo? Mark, tendrás pruebas de lo que dices...

—Sabes que no. Pero sé que lo hiciste tú. Escucha, eran basura. Cuatro de los peores asesinos de la ciudad. Dos de ellos habían trabajado para la mafia de los muelles y uno para el Sindicato del Crimen. A nadie le van a culpar de matar a cuatro asesinos armados hasta los dientes, y cuyas armas utilizaron repetidamente. Lo que me pregunto es cómo diablos pudiste tú solo liquidar a cuatro individuos de semejante calaña. Confiésame la verdad, Monty, te lo ruego. Podré cerrar el caso, y tú quedarás libré sin cargos. Legítima defensa o algo así, alegaremos, y asunto cerrado. No creo que Winslow quiera procesarte por ello.

—Mark, estás delirando. Yo no tengo nada que confesar. No sé nada. Ese hospital anda siempre muy movido sin necesidad de que yo haga nada. Tal vez fue un ajuste de cuentas, no lo sé.

—De modo que te niegas a admitirlo.

—Me niego a admitir culpa alguna. Si deseas acusarme de algo, hazlo con pruebas, Mark.

—Monty, estoy tratando de ayudarte, de ser comprensivo. Pero no toleraré que esto siga adelante, que la ciudad sea un matadero por tu culpa. Estás loco si piensas que ellos van a aceptar esto cruzados de brazos. Pueden aniquilarte, y lo harán.

—Quizás. Lo que me ayuda es que no me importa nada morir —rió duramente Monty—. Es la ventaja que tengo sobre ellos. No tengo miedo. No me aferró a la vida. Ellos, sí.

—Lo que estás diciendo confirma mis sospechas. Tú los mataste. Admítelo, por favor, y asunto concluido.

—No. No admito nada. Prueba que lo hice yo.

—Lo probaré, maldita sea, puesto que te pones así. Voy a vigilarte muy de cerca, Monty. No dejaré que sigas enfrentándote a esos asesinos. Y menos aún que esto se convierta en tu guerra privada. Ya estás avisado.

Colgó bruscamente. Garfield sonrió con frialdad y encendió otro cigarrillo, contemplando el titular del diario con ojos brillantes.

—Esto hará salir a las ratas de su madriguera —susurró—. A partir de ahora es cuando empieza lo realmente serio. Han comprobado que no soy una víctima indefensa. Planearán algo nuevo para acabar conmigo, seguro...

El teléfono volvió a sonar. Garfield lo alzó, indiferente. Antes de hablar, ya imaginaba qué llamada iba a ser aquélla.

—Garfield —dijo fríamente.

—De modo que enseñó los dientes, ¿eh, amigo? —silabeó la misma voz susurrante que le amenazara anteriormente.

—Si le tuviese ahora ante mí, sabría la clase de dentellada que puede dar un tiburón sediento de sangre y de odio —murmuró con voz chirriante el juez.

—Ha cometido un grave error, juez. No puede luchar contra nosotros.

—Su error fue asesinar a mi esposa. Y tratar de matarme anoche.

—Teníamos que persuadirle de que dejara el asunto. Pero vemos que insiste en ello. No nos deja otro remedio. Ahora tiene las cosas peor que nunca, juez.

—Las hubiera tenido mucho peor si anoche me matan sus esbirros —replicó Garfield—, Eso ha sido sólo un aviso para ustedes. Llegaré hasta el fin. Hasta el cerebro que está detrás de todo esto. Y correrá la misma

suerte que los de anoche. Vida por vida, es mi lema

—Usted es un juez, no puede tomarse la justicia por su mano.

—Soy juez, jurado y verdugo, ya se irá enterando — murmuró fríamente él—. Ahora no me moleste más con amenazas. Soy yo quien va a amenazarle. Sea quien sea, se oculte dónde se oculte, le encontraré. Y acabaré con usted, palabra. Le mataré.

Colgó sin esperar a más. Sus ojos brillaban de ira, sus manos temblaban de cólera mal reprimida. Oír aquella voz, la del ser que ordenó la muerte de Laura, y no poder hacer nada, era demasiado para él.

Ya no volvió a sonar el teléfono. Garfield dejó pasar unos minutos. Luego, alzó el mismo, y marcó lentamente un número.

—Telefilmes Publicitarios Enwright —dijo una voz femenina moncorde.

—Deseo hablar personalmente con el señor Enwright —dijo Garfield ásperamente—. Es urgente. Del juez Garfield.

—Un momento, por favor —sonó la voz de mujer, impresionada.

Esperó. Una voz bronca sonó al otro lado. Podía ser la de su anónimo comunicante o no. Eso era difícil precisarlo, pero la voz era algo ronca también.

—Ralph Enwright al aparato —dijo—, ¿Desea algo de mí, juez Garfield?

—Sí. Necesito verle cuanto antes. Es algo relacionado con el caso Warden y con su amiga Vanity Colby. Urgente y confidencial, señor Enwright

—Está bien —la voz vaciló, algo insegura ahora—. Le espero hoy mismo ¿Le parece dentro de una hora en mi despacho?

—Perfectamente, a —sonrió Garfield—, Déme sus solas exactas, por favor. No faltaré.

Una hora más tarde, entraba en el despacho de Enwright, llevándose una pequeña sorpresa. Una pareja, cuyo elemento masculino ya le era conocido, estaba reunida con el hombre recio, vigoroso y de rostro áspero e innoble. Se trataba de

Avery F. Sheridan, el magnate de la publicidad, y una dama de unos treinta y dos años, elegante y atractiva, de cabello suave y ondulado, de tono oscuro.

—Pase, juez Garfield —invitó Enwright—. Mis amigos, los señores Sheridan, ya se marchaban. Le presento al señor Avery F. Sheridan y a su esposa, Doris...

—El y yo nos conocíamos ya —interrumpió algo seco Sheridan—. Y no fue un grato encuentro el nuestro. Te dejamos, Ralph.

—No, no —terció Garfield—, Pueden quedarse, si gustan. Yo diría que es mejor así, incluso.

—¿Por qué, juez Garfield? —quiso saber la dama con voz grave y untuosa, clavando en él unos ojos helados y astutos, que no revelaban mucha femineidad.

—Bueno, porque así podremos hablar de Vanity Colby, de Honey Warden... y de usted, señora Sheridan.

—Escuche, juez, si está intentando insultar a mi esposa de alguna forma, yo... —comenzó Sheridan, cerrando sus puños y moviéndose hacia él.

—No se ponga bravucón, Sheridan, o será peor para usted —silabeó Garfield con voz helada—. No voy a insultar a nadie. Creo que su esposa asume con todas sus consecuencias su condición de lesbiana, incluso como miembro de un club homosexual de Nueva York. Y todo el mundo sabe que fue amante de Honey Warden, como ahora lo es de Agnes Copland. Hablaremos de eso, sí. Y quizás de su relación personal, señor Sheridan, con Barney Munro, un hampón de los bajos fondos. De paso, el señor Enwright nos hablará de sus orgías y de sus aficiones sexuales. Tal vez, a través de todo eso, lleguemos a saber quién mató a Honey Warden, intentó matar a Vanity Colby, asesinó a mi esposa e intentó hacer lo mismo conmigo, anoche ante el hospital.

Pálidos, demudados todos ante las duras acusaciones de Garfield, se quedaron como petrificados, mirándole con estupor y miedo.

Sheridan se había dejado caer en una butaca, con su altanería rota. Enwright se enjugaba el sudor y sólo Doris Sheridan mantenía su sangre fría, su altivez algo agresiva frente al visitante.

—Puedo explicarlo todo satisfactoriamente —jadeó Sheridan—. Una vez fui objeto de un chantaje por parte de unos granujas. Recurrí a un detective privado, pero no arregló nada. Entonces me hablaron de Barney Munro y recurrí a él. Sus pandilleros acabaron con las ínfulas de mis chantajeadores, y éstos no volvieron a molestarme más. Ahora, cuando necesito protección de algún tipo, recurro a Munro. El maneja los hilos del hampa y tiene gente capacitada para cualquier trabajo duro. Pero eso es todo. No me he mezclado en nada delictivo con él ni con su organización.

—En cuanto a mí, juez, no puede involucrarme en lo de Honey —gimoteó Enwright abatido—. Admito que me gusta asistir a orgías, formar grupos y todo eso, pero no hay nada delictivo en ello, mientras los demás consientan en formar parte de la fiesta voluntariamente. No van a venimos ahora con moralidad, puritanismo y todo eso.

—Sus gustos sexuales me tienen sin cuidado, Enwright —replicó Monty—. Pero usted tuvo siempre una llave del apartamento de Honey y de Vanity. Pudo entrar allí y asesinar a Honey golpeándole la cabeza con aquella estatuilla de bronce que le hundió el cráneo. También pudo entrar y dar más cápsulas de somníferos a Vanity, cuando ella ya estaba inconsciente por haber ingerido más de la cuenta.

—¡Eso no es cierto! —protestó el amigo de Vanity enérgicamente—. Yo no podía hacer daño a Vanity, y no tenía motivos para ello... Es más, actualmente Vanity ya no me interesa. Hay otra chica, una jovencita encantadora a quien voy a lanzar en el mundo de la publicidad...

—Por eso ni siquiera se ha preocupado por ella en todo este tiempo que está hospitalizada. Es usted un cerdo, Enwright. Me pregunto si no intentó también seducir a Honey, ella se resistió, y usted la mató. Luego Vanity descubrió algo, y usted, temiendo que ella lo revelara, trató de matarla...

—¡Miente, juez! ¡Miente miserablemente! —aulló Enwright, muy pálido.

—Deje que hable yo —terció suave, fríamente, Doris Sheridan. Clavó sus ojos en Garfield y expuso con calma—: No creo que Enwright atacara a Honey. No era su tipo. A él le gustan las jovencitas, a ser posible inocentes... y Honey sabía demasiado de la vida, pese a su juventud, para tentar a Ralph. Además, no era tan joven aunque lo pareciese. Honey cumpliría ahora veintisiete años, si no estuviera muerta.

—Usted la conoció mejor que nadie, ¿verdad? —Garfield la miró fijamente.

—Sí —suspiró la lesbiana—. Mucho mejor que nadie. La adoraba. Sé que no puede entender eso un hombre como usted, reaccionario, moralista y anticuado, juez. Pero era así y no me arrepiento en absoluto de ello. Considero que el amor es tan grande, tan amplio de miras, que no admite fronteras ni límites mientras los sentimientos sean nobles y dignos.

—He oído eso otras veces —dijo Garfield secamente—. Pero no en labios de una mujer como usted, señora.

—Escuche, juez... —comenzó de nuevo Sheridan con tono violento.

—Eh, quieto, por favor, Avery —fe rogó ella—. Deja que discuta yo personalmente esto con el juez Garfield. Él no puede comprender, sin duda, que tú entiendas la situación y convivas conmigo, querido, a pesar de todo. Ya dije que es un hombre difícil. Pero deja que sea yo quien hable de mis cuestiones. Juez, voy a decirle que conocí a Honey mejor que nadie, porque sentía por ella algo intenso y profundo. No la causé jamás daño alguno, ni sé quién pudo hacerlo. Pero tenga por seguro que aquel maldito Bridges la tenía atemorizada, la amenazaba e incluso llegó a pegarla. A ella, a mi pobrecita Honey...

—Tengo entendido que Honey no le gustaban las mujeres —cortó Garfield—, Sólo hacía eso por ambición, por llegar más alto...

—¿Y a mi qué? Yo no lo hacía por eso, y es lo que cuenta. Todo el mundo lucha por llegar lo más arriba posible en este horrible mundo nuestro. No hay nada reprochable en ello. Nada, mientras una acepte las

reglas del juego, ¿lo entiende, juez?

—Sí, creo que sí. Pero usted empezó a distanciarse de ella últimamente...

—Cosas que ocurren. Honey se enfriaba por momentos. Le volvían loca los machos. Discutimos y casi se rompió nuestra relación. Cuando iba a reconciliarme... la mataron. Fue el fin de todo. Pero sigo pensando que fue Bridges. Y que mintió al jurar su inocencia, incluso al borde mismo de la muerte. Nadie me hará cambiar de idea. Le odié por todo ello. Y sigo odiándole aun después de muerto. Siempre odiaré al ser capaz de matar a una criatura adorable como Honey...

Le caían las lágrimas por las mejillas aunque mantenía su compostura y arrogancia. Su marido fue a confortarla, apretando su hombro con mano firme. Enwright tosió sin saber qué hacer.

Garfield sintió asco de muchas cosas. Se puso en pie. Sacudió la cabeza, en silencio y fue hacia la salida.

—No la puedo entender, señora. Ni tampoco a su marido. Pero respetaré sus sentimientos, claro. Creo que, realmente, no tuvo nada que ver en ese crimen, o es la mejor actriz que he conocido. Les veré otro día, si hay motivo para ello. Adiós, Enwright. A sus pies, señora Sheridan.

Y salió sin añadir más, sintiendo la impresión de que abandonaba un mundo que no podía entender. Pero que existía, a pesar de ello.

Tomó el coche, dirigiéndose a sus oficinas del Palacio de Justicia. Tenía que retirar de su despacho de juez todos sus documentos y cosas personales. Aquello había terminado definitivamente.

Cuando entró en el despacho, le sorprendió ver al hombre alto, elegante, de cabello precozmente escaso y grandes entradas, revisando sus títulos académicos en los muros. Sin hacerle caso, Garfield comenzó a descolgar los cuadros para meterlos en un maletín, junto con su toga y demás útiles. El intruso le miró, curioso.

—¿No me pregunta por qué estoy aquí? —dijo.

—No. Supongo que será el nuevo juez o algo así. Soy el anterior y retiro mis cosas, eso es todo. Este ya no es mi coto privado. Cualquiera puede entrar en él.

—Yo no soy cualquiera. Me llamo Copland. Roger Copland, de la subsecretaría del Ministerio de Justicia. ¿Le dice algo mi nombre?

—Sí —afirmó Garfield—. Y nada bueno.

—¿Qué dice?

—Lo que ha oído. No soy un hombre amable ni cordial. Eso quedó atrás. Ya ni siquiera soy juez, de modo que no tengo que deberle un respeto o una cortesía pese a su cargo. ¿A qué ha venido exactamente?

—A advertirle.

—Señor Copland, las advertencias siempre me suenan a amenaza

desde hace un tiempo. Y las amenazas no me gustan nada. Hable. ¿Qué vino a decirme?

—Que deje de meterse en cuestiones que no le afectan. Puedo hacerle mucho daño.

—Nadie en este mundo puede hacerme ya daño. ¿Cómo podría usted?

—Soy un alto cargo del Departamento. Y puedo ser fiscal general dentro de poco. En mis manos podría estar hundir su carrera, su futuro.

—Yo, señor Copland, no tengo futuro. No quiero ser juez, y si me expulsan del Colegio de Abogados respiraré tranquilo porque ya no tengo que convivir con carroña como usted.

—¿Qué está diciendo? ¿Se da cuenta de sus palabras?

—Me doy cuenta de muchas cosas, entre ellas que ha venido usted aquí a molestarme, a lanzar veladas amenazas y a demostrar que es un ser indigno de medrar en el mundo de la política, a menos que todos los políticos sean tan sucios y viles como usted mismo. No puede tener ningún interés especial en mis actividades, a menos que matase con su propia mano a Honey Warden, en cuyo caso tal vez también estaría su mano en el asesinato de mi esposa, cuestión que le convertiría automáticamente en víctima mortal de mi sentido de la justicia en breve plazo. Si no es así, señor Copland, usted está aquí porque su esposa le habrá dicho que estoy husmeando demasiado en las cuestiones de lesbianismo de ella y de otras damas de la mejor sociedad, como ella misma.

—¡Es usted un asqueroso bastardo y le voy a...! —gritó Copland, precipitándose sobre Garfield como una centella, dispuesto a golpearle con sus fuertes puños.

El juez esperó a pie firme, eludió el golpe que le dirigía su visitante, y conectó a su vez un seco directo al hígado de su antagonista, que se paró, boqueando, casi sin aliento. Garfield, implacable, le sentó a viva fuerza en una silla, con un zurdazo al estómago que le hizo caer doblado, con un rictus de dolor.

—Se lo dije, Copland. No tolero amenazas de nadie. Y dé gracias a que me conformo con eso —cerró la pequeña maleta, recogidos ya todos sus papeles y objetos personales—. Ahora, quédese con este despacho y con toda la máquina de la Ley, si le parece. Empiezo a estar harto de todo, incluso de aquello que más amé en mi vida, que es la Justicia. Tal vez porque empiezo a pensar que no existe ni existió nunca realmente. Si usted es una representación de ella, creo que resulta suficiente por si solo.

Cerró de un portazo, saliendo del recinto judicial con paso rápido y nervioso, sin que Copland se hubiera llegado a recuperar todavía del severo correctivo aplicado por el que fuera juez durante unas breves

fechas.

* * *

—Hola, juez. ¿Se marcha de viaje?

Sorprendido, Garfield se detuvo en la acera, delante de su coche. Miró a la joven pelirroja que aguardaba, sonriente, junto a la escalinata del edificio de los juzgados.

—¡Vanity! —exclamó—. ¿Usted aquí? ¿Ya está totalmente bien?

—Fuera del hospital, como ve —sonrió ella—, Vicky me dijo que le encontraría aquí, si quería verle.

—Por poco. Ya me marchó de este edificio, quizás para siempre. No, no voy de viaje. Sólo me llevo mis cosas. ¿Desea que la lleve a alguna parte? Tengo el coche ahí cerca, en el parking del Palacio de Justicia...

—He venido con el mío propio, gracias —señaló un descapotable de dos plazas, de color mostaza—. Quería hablarle. ¿Por qué no damos un paseo en mi coche, y luego vuelve si lo desea? Es la hora de cenar y me gustaría invitarle para que habláramos un rato.

—Aceptado —admitió Garfield—. Pero sólo a condición de que invite yo.

—Ah, salió el machismo —rió ella suavemente—. No parece que haya estado usted hablando con mujeres como Doris Sheridan recientemente...

—¿Se lo dijo ella?

—No, me lo contó Enwright. Vino a despedirse. Tiene otra amiguita.

—Lo sé. ¿Le dio la llave?

—Sí, claro. No se la daré a nadie más, esté seguro de ello. ¿Vamos ya?

—De acuerdo. Volverá a recoger el coche a última hora o mañana por la mañana. Estoy en sus manos, Vanity.

—Ya me gustaría —sonrió ella—. Es usted muy atractivo, ¿se lo han dicho?

—No. Ni me interesa. De momento, no pienso en nada de eso.

—Lo comprendo muy bien. Sé lo que pasó —ella abrió la portezuela del coche—. ¿Deja que le guíe al lugar más adecuado para la cena?

—Usted elige. Y yo pago. Es lo convenido.

—Bien, no discutamos —puso el vehículo en marcha, apenas él se acomodó a su lado. Rodaron unos momentos en silencio. Ella añadió después—: Al parecer se las cantó usted muy claras a los Sheridan...

—Se las canto claras a todo el mundo. Estoy ya por encima de reglas sociales y todo eso. Cuando uno ha sufrido un golpe así, está deseando devolverlo al mundo entero.

—Pero el mundo entero no tiene la culpa de lo que le sucedió a su esposa, juez.

—No, todos no. Pero la gente como los Sheridan, tal vez sí. Todo cuanto se relaciona con Honey Warden, directa o indirectamente, tiene una relación también con mi propia tragedia personal, de eso estoy seguro.

—Incluso yo, claro — declaró Vanity tristemente.

—Usted es diferente. Tuvo sus propios problemas. Cuando alguien asesinó a mi esposa, usted había estado a punto de ser también asesinada. En realidad, somos víctimas de una misma conspiración o de varias paralelas. Eso es lo que quiero llegar a descubrir... —se mantuvo en silencio un rato. Tras la pausa, preguntó a la joven—: ¿Por qué vino a verme esta tarde, Vanity?

—Tenía que hacerlo. Estoy asustada y preocupada.

—Tiene motivos para ello ¿Se siente segura en su apartamento?

—No. He visto que un agente de policía lo vigila noche y día, pero aun eso me parece insuficiente si alguien quiere matarme. Cuando he estado sola en casa, he llegado a experimentar algo parecido al terror, se lo confieso. Es como sentirse amenazado por un fantasma, por una sombra, pero llega a convertirse en una sensación tremendamente real y casi tangible, pese a todo.

—Es que la amenaza existe. Si intentaron dos veces matarla, pueden intentarlo una tercera vez, Vanity. ¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. De momento, cambiar de alojamiento y cerrar el apartamento que compartí con Honey. No diré a nadie dónde estoy. A nadie, salvo a usted.

—Gracias por su confianza. ¿Cree que yo puedo ayudarla en algo?

—Estoy segura de ello. Voy a contarle algunas cosas. Tal vez usted las encuentre sentido. Yo no lo he conseguido aún. Y son cuestiones que me preocupan, sobre todo desde que usted dijo que tal vez sabía algo por lo que mi vida le molestaba a alguien.

—¿Cree que puede estar en conocimiento de algo peligroso para su seguridad?

—Quizás. Hablaremos de ello durante la cena. Se refiere a Enwright... y también a mi manager.

—¿Shelby Ashland?

—Sí, el mismo. Son cosas que nunca me preocuparon demasiado, pero ahora... No sé, estoy asustada, lo confieso.

—Será mejor que me lo cuente todo —los ojos de Garfield se clavaron en el retrovisor del coche deportivo. Y añadió con voz tensa—: Ahora nos ocuparemos de otra cosa. Nos están siguiendo.

—¿Seguro? —sonó alarmada la voz de Vanity Colby, que trató de girar la cabeza, pero él lo impidió con un brusco ademán.

—No, no mire atrás —ordenó—. Finja que no ha notado nada. No acelere. Pero trate de despistarles, si sabe. Cambie con frecuencia de calle, gire con rapidez en las esquinas, haga lo que sea.

Ella asintió, aferrándose al volante, y comenzó a maniobrar lo más velozmente posible. Garfield siguió contemplando el coche azul oscuro que rodaba tras ellos, a distancia prudencial, y que había visto ya repetidas veces mientras charlaba con su compañera.

El intento resultó vano. Pese a cuantos giros, vueltas y maniobras de despiste realizó la joven con notable perípecia, el coche permaneció invariable tras ellos. Pensativo, el juez hundió la mano bajo la chaqueta, empuñando su potente automática, capaz de convertirse en pequeño fusil ametrallador si le aplicaba la culata y el dispositivo adecuado. Era una terrorífica arma de calibre pesado, que Vanity miró con asombro, sin dejar de conducir.

—¡Cielos, vaya pieza de artillería! —musitó—. ¿Sabe utilizarla?

—Por supuesto. Y la utilizaré, si llega el caso.

—¿Puede un juez disparar sobre otra persona?

—Si es atacado, sí. Cualquiera puede defender su vida.

Ella aceleró, preocupada, enfilando una calle poco frecuentada del sur de Manhattan. El coche de atrás también aumentó su velocidad de inmediato.

Cuando se disponía ella a realizar otra veloz maniobra, doblando una esquina, una furgoneta salió inesperadamente ante ellos, cruzándose en medio de la calle, donde se paró en seco, taponándola por completo. Vanity tuvo que frenar vio lentamente, para no estrellarse contra el vehículo de forma inevitable y tal vez mortal.

Apenas frenado el coche deportivo, Garfield trató de parapetarse con ella, empuñando su temible arma demoledora. Pero algo le hizo cambiar de opinión.

El parabrisas del coche de Vanity saltó en pedazos, pulverizado por un disparo potente de rifle, y tres hombres armados aparecieron ante ellos, asestándoles sus armas automáticas sin contemplaciones. El coche de atrás aceleró más aún, y de una de sus ventanillas brotaron disparos silenciosos que reventaron los neumáticos del coche.

—¡Tire su arma y entréguese, o les cosemos a balazos! —ordenó una voz áspera.

Garfield vaciló, empuñando su formidable pistola. Si hubiera estado solo, tal vez resistiría a vida o muerte. Pero intentar un solo disparo, significaba que ambos serían barridos por aquel grupo de hombres. Contó cinco, dos en el coche perseguidor y tres en la furgoneta atravesada en el camino.

—Está bien —dijo en voz alta—. Si me entrego, ¿van a respetar nuestras vidas?

—Eso depende de ustedes —respondió el otro—. No tienen elección. Si no se entregan, será una criba dentro de un momento.

—Al menos, dejen que ella salga de esto —pidió el juez—. Si es así, arrojaré mi arma.

—Está bien. Hágalo. No le haremos daño a la chica. Ella no nos interesa. Usted, sí, juez Garfield Y mucho.

Monty arrojó su arma Los cinco hombres se movieron hacia ellos, arma en mano. Les rodearon. Vanity les miraba con vivo terror en su atractivo semblante.

—Ya está desarmado el matarife —dijo uno de ellos, comprobando que bajo la chaqueta no llevaba más que la funda vacía del arma—. Vamos, suban los dos al coche de atrás. Tenemos que dar un largo paseo.

—¿También ella? Dijeron que no tenía nada que temer...

—Pero de memento debe venir con nosotros. Luego será liberada, juez — dijo uno de los hombres armados, cuyo rostro aplastado y brutal era fiel reflejo de su condición de pistolero a sueldo, hampón profesional de la peor calaña—. En marcha, al coche. Nos largaremos de aquí cuanto antes.

Subieron Vanity y él al coche azul oscuro. Se sentaron dos hombres a ambos flancos, metiéndole uno de ellos el cañón de su arma en el vientre. Otros dos se subieron al asiento delantero, y el quinto hombre se encaminó a su furgoneta, para marcharse también de allí.

Comenzaron a rodar calle abajo, en dirección más al sur. Garfield y Vanity cambiaron una mirada. Los ojos de él reflejaban una frialdad impresionante. Los de ella, un vivo terror.

—¿Por qué nos han raptado? —preguntó Garfield por fin.

Uno de los hombres que le vigilaban, rió soezmente.

—¿Y lo pregunta, juez? Usted hizo una buena escabechina la otra noche...

—¿Se refiere a la gentuza del hospital? Sólo defendí mi pellejo.

—Eran camaradas nuestros —silabeó el que conducía, sin volverse, dirigiéndole una mirada maligna a través del retro visor—. Eso no se puede hacer, amigo. Se paga caro. Hay gente que no perdona ciertas cosas.

—Yo tampoco las perdono. Ustedes asesinaron a mi mujer.

—Sé quién puso el explosivo en el coche —rió el otro—. Pero ninguno queríamos matar a nadie, y menos a su esposa. Nada teníamos contra ella, juez. Fue usted, con su obstinación, quien se hizo acreedor a esa medida.

Garfield no dijo nada, encajando sus mandíbulas con un agrio chasquido. Sus ojos eran dos carbones ardientes, pero la luz resultaba extrañamente fría a la vez. No se movió de su postura en el asiento, no

despegó los labios.

—Lo que nunca podré entender es cómo un tipo como usted pudo acabar en tan poco tiempo con cuatro tipos como Lester y sus amigos... —masculló, mirándole asombrado—. Cuando me enteré de ello no podía creérmelo...

El coche alcanzó ya zonas oscuras y totalmente desiertas, entre viejos edificios, altas tapias de ladrillo y aisladas farolas de cruda luz vertical. El aire olía allí a humedad y a aceite. Cerca, sonó la sirena de un remolcador. Vanity y Garfield cambiaron una mirada súbita. Ella se estremeció, aferrándose a él.

—Estamos cerca de los muelles, juez —susurró—. Creo que van a matarnos...

Monty asintió. Su gesto era duro y frío.

—¿Qué pretenden hacer? —demandó con tono seco—. ¿Adónde nos llevan?

—Lo siento, amigo. Cumplimos órdenes. Tampoco tenemos nada contra ustedes dos. Pero hay que acabar con ambos.

—Me prometieron que a ella no le sucedería nada —silabeó el juez.

—Bueno, nunca se fíe demasiado de las promesas de gente como nosotros —se mofó el que hundía su pistola en su vientre—. Acostumbramos a ser poco formales en cuestión de promesas. Lo importante era evitar un tiroteo en aquella zona urbana... Aquí es distinto. Llevamos armas silenciosas. Nadie se enterara de nada. Y el fondo del río les recibirá con varios trozos de metal como lastre para que sus cuerpos vayan bien al fondo...

—¡Me lo temía, Garfield! —gimió Vanity—. ¡Van a matarnos...!

—Sí, era de esperar. Son gentuza sin conciencia ni palabra. Su jefe, Barney Munro, va a sentirse muy satisfecho de su eficacia, no hay duda.

—¿Quién diablos le dijo que nos paga Munro? —habló el que conducía

—Cierra el pico, Bart —le atajó el otro—. No hables más.

—¿Y qué más da, si van a llevarse su secreto al fondo del río? Este juez es muy listo, no hay duda. Me sentiré tranquilo cuando le vea muerto y bien muerto...

El coche frenó. Estaban en un embarcadero alargado y sombrío, apenas salpicado por el resplandor lechoso de dos farolas muy distantes una de otra. Desde el río llegaba el hedor a gasolina y aceite, a agua sucia y a humedad. Ni un alma era visible en la zona.

—Hemos llegado —dijo uno—. Abajo, Garfield. Y usted, señorita. El paseo ha terminado.

Abrieron la portezuela, saliendo bajo la amenaza de las armas de los pistoleros. El conductor y su compañero ya en pie en el embarcadero, empuñando dos automáticas con silenciador. Los otros dos caminaron

junto a la pareja. Vanity mostraba un vivo terror, aferrándose a una mano de Monty Garfield. El apretó sus dedos y susurró en voz baja:

—Suélteme la mano enseguida, Vanity. Es necesario. No tema nada.

—Vamos, poneos ahí mismo, contra esa pared —señalaron una alta cerca de ladrillos oscuros y mugrientos—. Terminaremos enseguida. No nos gusta hacer sufrir a las víctimas, aunque una de ella sea un tipo que liquidó a cuatro de los nuestros...

Caminaron hacia allí lentamente, Garfield estudió de soslayo a sus enemigos. Estaban confiados, seguros de sus superioridad definitiva. El juez murmuró al detenerse ante la tapia:

—¿Puedo rezar antes de morir? Creo que eso no pueden negarlo a nadie...

—Maldito beato —se irritó uno—. Ahora nos sale con ésas. Está bien. Tiene un minuto, uno solo para ponerse a buenas con Dios, amigo. Luego... dispararemos.

—Gracias. Será suficiente —sonrió Garfield sombrío. Se puso a orar, pero musitó entre dientes, mezclado con la oración—: Vanity, póngase de rodillas como si rezara también. Luego, cuando yo grite «ahora», arrójese de bruces al suelo, sin dudar un momento. No vacile, no pregunte nada. Haga lo que le digo.

Ella pestañeó, asintiendo. Se puso de rodillas lentamente, unidas sus manos. Los pistoleros se miraron, impacientes.

Garfield bajó sus manos unidas, como en postura oratoria. Las armas comenzaron a elevarse hacia ellos.

—Ya —dijo el que capitaneaba el grupo—. Se acabó el tiempo.

Cuatro negras bocas silenciadas con largos y feos tubos metálicos les enfilaron. Si llegaban a vomitar fuego y proyectiles, serían un par de cadáveres acribillados por las balas.

Garfield miró los dedos curvándose en los gatillos. Era tiempo. Ahora, o nunca.

Alargó sus brazos. En sus dedos cayeron con matemática precisión las dos armas ocultas en sus mangas. Gritó ronco:

—¡Ahora!

Vanity se arrojó de bruces al mojado suelo. En las manos del juez llamearon dos armas poderosas, sorprendiendo a los pistoleros cuando aún no habían tenido ocasión de disparar sus armas.

El viejo y sucio embarcadero desierto se llenó de humo, llamaradas y ásperos chasquidos de disparos silenciosos. Los cuerpos de los asesinos profesionales saltaron espasmódicamente, alcanzados por contundentes proyectiles de diverso calibre, pero mortales todos a aquella distancia, y dirigidos por un buen tirador carente por completo de piedad para sus enemigos. Sangre, huesos rotos y fragmentos de cerebro, formaron en derredor una espantosa mescolanza.

Apenas si duró el tiroteo cinco segundos. Al terminar, cuatro cuerpos yacían sin vida frente a la pareja de supuestas víctimas. Vanity, desde el suelo, asistía, entre aterrada e incrédula, a la matanza que Monty Garfield estaba llevando a cabo con el grupo de asesinos a sueldo. Ninguno de ellos llegó a disparar su arma, salvo el que condujera el coche, que logró apretar el gatillo en un postrer movimiento reflejo, ya sin utilidad alguna.

—Dios mío... —susurró Vanity, levantándose lentamente—, Muertos... Están todos muertos... Los ha matado usted, juez...

—De no hacerlo así, nosotros seríamos los muertos ahora, Vanity —suspiró lentamente él, bajando sus armas humeantes.

—Pero usted... usted es un juez, un magistrado... No puede matar a la gente...

—Yo no soy nada de eso. Soy un verdugo que cumple unas sentencias a muerte, sólo eso. Todos ellos merecían morir. Eran asesinos. La sociedad estará mejor sin ellos.

—Nunca lo hubiera creído... No imaginé que fuese armado...

—Ellos tampoco. Pensaron que sólo llevaba aquel arma, la que me hicieron tirar. Por eso aún guardaba dos ases en la manga, y nunca mejor dicho. Vamos de aquí, Vanity. No me gusta matar, pero tampoco quiero que maten los demás a sangre fría. Mi vida importa ya muy poco. Si lo hago así, es por la vida de alguien que ya no está aquí conmigo...

—Sí, creo entenderle —susurró Vanity, abrazándose a él instintivamente—. Garfield, es usted admirable... Me gustaría que pudiera tener capacidad de amar a alguien...

—Lo siento. Eso, de momento, no es posible —la miró gravemente, mientras caminaban juntos hacia el coche oscuro—, Es usted bonita, seductora, maravillosamente atractiva para cualquier hombre. Pero no para mí. No ahora. Vamos, ya nada hacemos en este horrible lugar...

Subieron al vehículo de los pistoleros. El juez lo puso en marcha y se alejaron del escenario de la matanza. Entre dientes, habló unas pocas palabras, duras y frías, mientras regresaban al centro de la ciudad:

—Ahora sé a quién buscar. Sé quién dirigía a esa gentuza, quién dispuso el explosivo en el coche de mi mujer... Voy a hacer una visita a Barney Munro... Pero antes la dejaré a salvo, en algún hotel donde nadie dé con usted fácilmente, Vanity...

—No, no puede atreverse a tanto. Ese hombre debe ser muy peligroso, juez...

—Yo también, Vanity —sonrió cruelmente Garfield—, Yo también.

Capítulo VII

EL Eros Club no era ninguna gran cosa. Pero, como su nombre indicaba, podía hallarse en él lo que todo hombre acostumbra a buscar en un club nocturno poco respetable, con asombrosa facilidad. En su interior se podían visionar films pornográficos, acompañado por bellas «azafatas», como las calificaban benévolamente la publicidad del local, y la fiesta podía continuar en pequeños y coquetones reservados. No faltaba la barra, algún *show* de parecidas características, y unas mesas para presenciarlo en la sala.

Monty Garfield no tenía el menor interés por nada de todo eso, naturalmente. El motivo de su presencia allí aquella noche distaba mucho de el de *disfrutar* de las atracciones eróticas del club. Si pisaba el recinto, era porque éste era propiedad de un hombre llamado Barney Munro.

Se acomodó en la barra, dando la espalda a la pantalla donde un grupo de personas de ambos sexos deleitaban a la escasa concurrencia con escenas repetidas en otros mil films iguales, y pidió un *bourbon* con hielo. Lo apuró lentamente, mirando en derredor con aire aburrido e indiferente a todo. Se le aproximó una rubia provocativa, de inmensos senos, que le sonrió, inclinándose para que él pudiese admirar una amplia panorámica de su torso.

—Hola, querido —saludó—. Estás muy solo, por lo que veo.

—Sí, bastante —convino Garfield—. Vine a buscar a un amigo.

—¿Y por qué no a una amiga? Te aseguro que mi amistad es muy dulce.

—No me cabe duda. Siéntate y toma algo, rubia.

—Oh, eres un encanto. Lo supe nada más verte, amor —rió ella, haciendo agitar sus enormes pechos dentro de su precario encierro. Se acomodó junto a él, encaramando su figura llena de curvas a un alto taburete—. Sírreme un whisky con soda. Mike.

—Enseguida, Peggy —respondió el barman.

Ella se pegó a Garfield, procurando rozarle fuertemente con sus senos. Él tomó un sorbo sin mirarla. La rubia giró la cabeza y se echó a reír.

—Si quieres ver algo bueno, vuélvete. Es el clímax máximo de la película, amo...

—No me gustan las películas. Me sé de memoria todo lo que va a ocurrir.

—Supongo que prefieres la realidad, ¿no es cierto? —susurró ella, invitadora—. Sólo tenemos que ir a un reservado, y serás tú el protagonista del juego.

—Ahora debo esperar a ese amigo. Por cierto, tal vez sepas tú algo de él.

—¿Yo? Oye, no he venido a hablar contigo de otros tipos... ¿No serás uno de esos que...?

—No, descuida —sonrió duramente Garfield—. Es otra clase de amistad. Se trata de un común amigo, mío y del jefe. Ya sabes, de Munro, el dueño de esto.

—Oh, entiendo. Eso es distinto —la rubia pareció deshincharse algo, con la sola excepción de su busto. Aquello, pensó Garfield, no había forma de deshincharlo—. Haberlo dicho antes. Los amigos del jefe no deben ser molestados.

—No me molestas, de verdad. Quédate y toma tu whisky, Peggy. ¿Está Munro aquí ahora?

—Claro. Arriba, como casi siempre. Ya sabes, en su oficina.

—Sí, claro —recorrió con la mirada la sala, deteniendo sus ojos en una cortina al fondo, tras la cual acababa de salir un camarero con servicios en una bandeja—. Pero nunca entré por aquí. Supongo que la entrada es por los servicios y cocinas...

—Supones bien. Pero por muy amigo que seas, tendrás que hacerte anunciar. Al patrón no le gustan las visitas por sorpresa. Ahora te dejo. No quiero que me despida por meterme con un amigo suyo. Lástima, porque eres un encanto y me gustas.

Apuró su whisky y se alejó, contoneando sus agresivas nalgas. Garfield también tomó su copa y se puso en pie, caminando por la sala, como si fuera a ocupar un asiento para ver la película o el *show* que iba a iniciarse.

Lo único que hizo en realidad fue aproximarse a la cortina oscura del fondo y, rápidamente, penetró por ella. Se encontró en un largo corredor curvado, al fondo del cual se veían las puertas de una cocina, y el acceso a los aseos. Un tercer camino no indicaba adónde conducía, pero mostraba un cartelito significativo:

Prohibido el paso a toda persona ajena al local.

Sonrió, dirigiéndose hacia allí. Su mano acariciaba la recuperada pistola de pesado calibre que pendía de su axila izquierda. No encontró a nadie, hasta hallarse ante una escalera estrecha, ascendente, al fondo de la cual vio una puerta cerrada, con el rótulo de «Privado». Comenzó a subir. Estaba a mitad de ella cuando apareció un tipo grueso, con cara de luchador sonado, chaqueta demasiado estrecha y un sospechoso bulto

bajo su sobaco izquierdo.

—Eh, amigo, se equivoca —fe avisó con voz bronca—. Los servicios están abajo.

—Oh, lo siento —se disculpó Garfield, fingiendo la voz de una persona ebria e insegura—. Me dijeron que era por aquí...

—Usted debió entenderlo mal. Lárguese. Y sepa que el patrón no quiere borrachos en su local, de modo que será mejor que abandone el club antes de que lo echen.

—Bueno, bueno —soltó un hipo, subiendo unos escalones más—. Al menos... deme fuego, amigo. Me quedé sin fósforos...

Y sacó con su zurda un paquete de cigarrillos del bolsillo, salvando los demás escalones hasta llegar al otro. Este, malencarado, le miró con ceño fruncido y estuvo a punto de enviarle escaleras abajo de un puntapié, a juzgar por su gesto. Pero finalmente rezongó:

—Está bien, encienda su maldito cigarrillo y lárguese de una vez o seré yo quien le arroje a la calle a patadas, ¿está bien claro?

Mientras decía esto, extrajo un encendedor electrónico, con el que trató de dar fuego a Garfield. Este se inclinó para prender el cigarrillo.

Y en ese momento, su diestra, rápida, desfundó. Metió un seco golpe de cañón en la nuca del hombretón, antes de que éste pudiera reaccionar, y lo derribó como un saco, sin que pudiera hacer otra cosa que exhalar un gemido seco. Una vez en el suelo, le desarmó, dirigiéndose con rapidez a la puerta del despacho de Barnay Munro. El rostro de Garfield era una máscara de fría ira, de implacable odio hacia el que sabía responsable directo de la colocación del explosivo en el coche de su esposa.

Abrió la puerta de un empujón, sujetando en su mano la poderosa pistola a punto de disparar.

—Buenas noches, Munro —dijo fríamente, con voz cortante como el filo de una navaja—. He venido a matarle.

No dijo más. Tampoco valía la pena.

Barney Munro no podía oírle. Estaba sentado tras una mesa despacho, eso sí. Pero en su frente se abría un feo agujero negro, estaba retrepado en el respaldo, con la boca abierta y los ojos vidriados, y de una de sus fosas nasales corría un oscuro hilillo de sangre.

Le habían matado de un disparo en plena frente.

En ese momento, Garfield oyó un leve mido en la parte posterior del despacho, tras una cortina a medio correr. Rápido, dirigió allí su arma y avisó con tono seco.

—¡Salga quien sea, y con los brazos en alto! ¡Obedezca o disparo!

Lentamente, una figura apareció en el hueco, inseguro el paso, las manos por encima de su cabeza.

Era una mujer. Una mujer desconocida para él. La estudió fijamente.

—¿Quién es usted? — preguntó.

—Me llamo Agnes Copland —susurró ella con un hilo de voz—. Pero yo no he matado a ese hombre, lo juro.

* * *

Tenía unos treinta y dos o treinta y tres años, era esbelta y más bien baja de estatura. Cabello castaño, ondulado, ojos color café y facciones suaves. El miedo le daba una expresión de animal asustado.

—De modo que la señora Copland en persona, mezclada en un asesinato de los bajos fondos —recitó Garfield, sarcástico—. Y so honorable esposo, queriendo echarme de la pro festón por resultarle molesto...

—Le dije que yo no lo hice —susurró ella, amedrantada—. Tiene que creermme.

—Yo no creo ya a nadie, señora. Vine a matar a este hombre, y alguien se me adelantó. Eso no me gusta. Era una cuenta personal a saldar por mi mano. Dígame, al menos, lo que hace aquí. Este no es lugar para la esposa de un alto funcionario del Departamento de Justicia, candidato futuro a la Fiscalía General.

—Él no sabe nada. Mi marido, quiero decir. Sería horrible si llegara a enterarse, señor...

—Garfield Monty Garfield señora.

—Dios mío, el juez... —día abrió mucho los ojos, mirándole con asombro—. No me lo imaginaba tan joven.

—Ya no soy juez. Sólo verdugo. Y veo que no soy el único. Prosiga. ¿Por qué vino al despacho de Munro?

—Era una cuestión personal, privada.

—Lo supongo. ¿Usó la entrada posterior?

—Sí. Se puede entrar por el callejón. Sobre todo, si se tiene llave, como yo —y mostró una que yacía en el suelo, no lejos de ella—. Tenía que ver enseguida a Munro. Él iba a hacerme chantaje, a venderle ciertos secretos míos a mi marido. Decidí venir a pactar con él. No podía imaginarme que lo encontraría muerto...

—Yo tampoco, se lo aseguro. ¿Entre ese material de chantaje estaba su relación íntima con Doris Sheridan, señora?

Ella se quedó helada. Le miró, tragando saliva con dificultad. Luego afirmó con la cabeza, para añadir con tono amargo:

—Esa era una parte de ello nada más. Había otras cosas peores, aunque lo de Doris y yo no iba a gustarle a mi marido, pese a que nuestra vida sexual no sea precisamente un éxito. Pero había otros asuntos peores: drogas, por ejemplo...

—¿Drogas? Cielos, no falta de nada. Cuénteme eso, señora.

—Es muy simple. No piense demasiado mal de mí, juez. No soy lesbiana. Pero me gustan ciertas emociones y experiencias.

—Pues me lo está poniendo peor aún. Dejemos ese asunto a un lado, yo no soy un ángel exterminador, aunque lo parezca en cierto sentido.

—Doris está metida en lo de las drogas. Pero a ella no le preocupa nada, porque su marido pasa de todo eso. Ya supondrá por qué...

—Oh, no —Garfield sacudió la cabeza—. ¿Él es...?

—Sí. Homosexual absoluto. Nadie lo sabe. Sólo Doris, su mujer. Cada uno vive su vida, sin meterse el uno en la del otro. Pero Doris tiene otros vicios peores. Es drogadicta. Se vuelve loca por la heroína y todo eso. Se inyecta o lo inhala, lo que sea. Por ese camino, llegó a hacerse traficante de narcóticos. Ahora ella misma distribuye e importa la droga, bajo la pantalla del negocio de publicidad internacional. Y satisface su vicio sin arruinarse pagando a otros comerciantes. Eso lo descubrí un día en que estaba ella drogada. Ignora que lo sé. Sin embargo, Barney Munro parece conocer muy bien todos esos asuntos, y me presionaba para sacarme dinero, bajo la amenaza de hundir la carrera de mi marido si hacía pública toda la historia. Exigía mucho dinero, demasiado. Por eso tenía que verle, para tratar de resolver las cosas lo mejor posible.

—No hubiera resuelto nada. La gente como Munro nunca cede en sus apetencias —miró el cadáver con desagrado—. ¿No pensó en matarle cuando él se negó a llegar a ningún acuerdo que no fuese cobrar lo exigido, señora Copland?

—Le juro por mis hijos que no —musitó ella, con lágrimas en los ojos—. Nunca tuve un arma ni sé manejarla. Cuando llegué, hace cosa de diez minutos, lo hallé ya sin vida, tal como está ahora. Inmediatamente apareció usted, y ya me disponía a salir por donde había entrado, cuando me amenazó.

—Quisiera creerla ¿También usted tomó alguna droga?

—Sí —confesó ella tenuemente—. No drogas duras, pero si algo de marihuana. Lo suficiente para que si eso se sabía, Roger resultara hundido totalmente.

—Empiezo a sentir náuseas. Hay demasiada basura en todas partes... —la miró, pensativo—. Voy a darle un consejo, señora. Márchese, ahora que todavía está a tiempo. Salga por esa puerta y, si le es posible, abandone a Doris y a sus drogas. Sospecho que esto es una especie de trampa para alguien, y si yo he de caer en ella, que no lleve a nadie más conmigo.

—¿Va a dejarme ir? —se extrañó ella.

—Más que eso: la ordeno que se vaya sin esperar a más. Vamos, ¿a qué espera?

Agnes Copland le miró unos momentos en silencio. Luego musitó emocionada:

—Gracias, juez.

Y se apresuró a abandonar el despacho por la puerta de atrás. Garfield respiró hondo. Fue hasta la mesa y revisó los papeles. No encontró nada de particular. Abrió un cajón de la mesa, y halló un revólver calibre 45 con una caja de proyectiles. En otro cajón, dinero en efectivo, más de dos mil dólares. Evidentemente, el robo no era la causa de aquel crimen.

Finalmente, en un cajón encontró una carpeta cerrada, con un rótulo escrito con tinta azul:

ASUNTOS ARCHIVADOS

Abrió el dossier. Enarcó las cejas. Aquello era dinamita pura. Pruebas, fotocopias, fotografías comprometedoras. De todo, contra una serie de gente importante de la ciudad. Sin duda, todo el archivo para extorsiones de aquel angelito que se llamara en vida Barney Munro. Tal vez el asesino buscaba eso al matarle. Y no tuvo tiempo de tomarlo. La llegada de la señora Copland debió impedirlo, pensó Garfield.

Se guardó todos los documentos en los bolsillos, rápidamente, y metió el dossier en el cajón nuevamente. De inmediato, sonaron fuertes pisadas en la escalera, voces potentes y un lejano griterío.

Garfield guardó su arma. La puerta se abrió se golpe. Y se encontró ante las armas de fuego de varios hombres, a cuyo frente venía Mark Riordan, de Homicidios.

—Vaya, qué sorpresa, amigo Monty —dijo con sarcasmo el policía echando una ojeada al recinto. Clavó sus ojos en el cadáver de Munro—. Por lo que veo, has seguido adelante con tu tarea justiciera...

—Pensaba hacerlo —sonrió Garfield fríamente—. Pero llegué tarde. Ya le habían matado cuando yo pisé este lugar.

—Oh, claro, claro. Tampoco tuviste nada que ver con la muerte de otros cuatro pistoleros en los muelles esta noche, ¿verdad?

—¿Por qué habría de tener que ver? ¿Vas a echarme encima a todos los que mueran violentamente en esta ciudad?

—No, a todos no. Pero casualmente, esos cuatro eran gente de Barney Munro. Y ahora te encuentro junto al cadáver de Munro por simple casualidad, ¿no es eso?

—No del todo. Vine a matarle, tú lo sabes. Pero otro se me adelantó.

—¿Llevas un arma encima? —preguntó Riordan con aspereza.

—Sí —Garfield abrió su chaqueta—. Aquí está.

—Dámela. La confisco por el momento, aunque tengas licencia de armas. Y te anuncio que estás detenido como sospechoso de homicidio. ¿Te leo tus derechos?

—No hace falta —sonrió el juez suavemente—. Me los conozco muy

bien.

Capítulo VIII

—ESTÁS libre, Monty. Lo siento, pero no puedo retenerte más.

Garfield enarcó las cejas, mirando a su amigo con extrañeza, sin moverse de aquella silla, en su despacho del Departamento de Homicidios.

—¿Por qué? —quiso saber—. Ni siquiera me has interrogado.

—No hace falta. Ha venido una dama a entregarse, intercediendo por ti. Según ella, cuando llegaste al despacho de Munro, él ya llevaba tiempo muerto, y ella entró allí bastante antes que tú.

—Cielos, no. ¿Se ha entregado ella?

—Sí. La señora Copland asegura que no lo hizo, pero tú tampoco. Viene con su marido. Él ha pedido que le disculpes. Ambos han tenido mucho valor al hacer lo que han hecho. Puede costarle a él la carrera. Pero su mujer no quería que tú fueses acusado. Debes caerles muy bien a las damas para que lleguen a tales sacrificios por ti.

—Es que soy guapo, ya lo sé —bromeó agriamente Garfield, poniéndose en pie—. ¿Cómo supiste lo de Munro, Mark? Llegaste allí muy oportuno...

—Una voz me llamó. Era un aviso anónimo. Me dijeron que Munro había sido asesinado y que tal vez hallaría aún allí a su asesino. Eso fue todo.

—Ya —Garfield se frotó el mentón, pensativo—. Gracias, Mark. Has sido muy amable conmigo. ¿Vas a devolverme mi pistola?

—No. No permitiré que sigas matando gente por ahí, creyéndote el espíritu de la justicia. Ahora lárgate. Tengo trabajo con el interrogatorio de la señora Copland.

—Preséntale mis respetos. Y dile a su marido que está todo olvidado.

Salió del Departamento, y llamó a un taxi para dirigirse al Palacio de Justicia y recoger por fin su coche. Cuando bajó del coche de alquiler y hubo pagado la carrera, le sorprendió ver una figura conocida, paseando ante el edificio judicial.

—¿Qué hace usted aquí a estas horas? —preguntó, avanzando hacia la mujer que paseaba por la amplia acera.

Vicky Mason se volvió, suspirando aliviada al verle. Se acercó con rápido taconeo a él.

—Ya era hora... —murmuró—. He estado buscándole, Garfield.

Pensé si vendría por aquí, y un empleado de guardia me dijo que había visto su coche ahí fuera, de modo que esperé, imaginando que no tardaría en venir a buscarlo.

—Tuvo suerte. Pensaba venir mañana a recogerlo, porque estoy realmente cansado. ¿Qué tiene usted que decirme, Vicky? ¿Es algo importante?

—Sí, creo que sí —afirmó ella, con expresión seria.

—Bien, adelante. Dígame lo que sea. ¿La llevo a su casa?

—Sí, por favor. Charlaremos por el camino. Se refiere a Vanity. Ha desaparecido. No la encuentro por parte alguna.

—Lo supongo. Está escondida para que no corra peligro de momento. Dejé se apartamento y le busqué un hotel, eso es todo. ¿Más tranquila?

—Por ese lado, sí. Pero está lo demás...

—¿Lo demás? ¿A qué se refiere, Vicky?

—A la propia Vanity. Ella debe haberlo olvidado, pero yo, no. Lo recordé de repente, y me dije si no sería ése el motivo por el que quisieran matarla

—Siga.

—Un día. Honey habló conmigo casualmente. Parecía muy preocupada por algo. Le pregunté qué podía sucederle a una chica encumbrada y famosa como ella. Me invitó a tomar algo en el bar de los estudios publicitarios y me confesó que estaba muy preocupada por cierto asunto de drogas, del que había hablado ya con su compañera de apartamento, pero que no creía haber resuelto nada con ello. Le pregunté a qué se refería, y comenzó a hablar de heroína y esas cosas. Pero de repente se interrumpió y se marchó precipitadamente, dejándome sola en la mesa, sin probar su consumición. Miré a la puerta del bar, y vi allí a Doris Sheridan, la esposa del gran Avery F. Sheridan. Había olvidado por completo el incidente, y lo recordé esta noche. ¿Cree que eso tiene algún sentido?

—No sé —se detuvo ante su coche, y abrió la portezuela—, Pero acaba de darme, quizás, una buena pista para tratar de llegar a la solución del nudo básico de este embrollo: la muerte de Honey Warden. ¿Cuándo ocurrió exactamente eso que me ha contado usted?

—Bueno, creo... creo que un día o dos antes de morir ella —susurró Vicky.

—Como lo suponía —sonrió sombríamente Garfield—. Entre, amiga mía Si lo que pienso es cierto, estamos llegando al final del problema...

Vicky se dispuso a sentarse junto a él en el volante. Garfield introdujo la llave para el encendido. De pronto, se puso rígido. Sus ojos se clavaron en el suelo del coche. Se inclinó lentamente. Sus dedos rozaron una sustancia oscura, viscosa.

—¿Qué ocurre? —indagó la joven, sorprendida.

—Es grasa. No estaba aquí antes —miró en torno. Clavó sus ojos en la llave, de la que colgaban las otras, pendulando en la cerradura del encendido—. Salga, Vicky.

Ella, aturdida, abandonó el coche. Garfield, con el rostro tenso, buscó en la guantera. Encontró un pequeño ovillo de cordel delgado, entre otras cosas. Tomó el cordel y lo ató con infinitas precauciones a la llave. Luego, comenzó a desenrollarlo, caminando hacia atrás, lejos del automóvil. Vicky taconeaba a su lado, sin entender nada.

El ovillo terminó cuando estaban ya a una manzana del estacionamiento. Pasó un coche veloz, y Garfield esperó a que se hubiera alejado. Miró en torno. No había transeúntes, vehículos ocupados ni viviendas próximas.

—Ya está —susurró—. Parapétese tras aquella boca de riego, Vicky. No creo que haya riesgo, pero por si acaso.

—No le entiendo. ¿Qué es lo que sucede?

—Pronto va a saberlo, si mis sospechas son ciertas —musitó Garfield, situándose en la esquina, donde apoyó el tenso cordel. Luego, lentamente, comenzó a tirar.

Allá, en el coche, la llave comenzó a girar. Bruscamente, Garfield dio un tirón más violento del cordel. La llave giró del todo en el encendido.

Fue como si la noche se hiciera día por un momento. Una enorme llamarada, acompañada de una formidable explosión, invadió la calle. El coche de Garfield, convertido en una bola de fuego, saltó en pedazos, alcanzando sus llameantes fragmentos a otros coches situados en los alrededores. El suelo tembló por un instante, y luego las llamas se elevaron de entre los metales retorcidos e informes.

—Dios mío... —gimió Vicky Mason, mortalmente pálida—. ¿Qué fue eso?

—Lo mismo que mató a mi esposa. Un artefacto explosivo cuyo detonador iba unido a la llave del encendido. Algo muy vulgar y eficaz. Puede hacerlo cualquiera. De no haber visto la mancha de grasa que dejó el asesino al instalarlo, ahora los dos estaríamos muertos, Vicky.

—Oh, qué horror... ¿Quién... quién pudo hacer algo tan espantoso?

—Alguien que ya ha matado antes de ahora, y sólo busca acabar conmigo como sea. Pero no lo ha conseguido. Y, sin embargo, yo sé, por el contrario, adónde ir ahora y a quién acusar...

En la distancia ululaban las sirenas de los coches-patrulla, acudieron al lugar de la explosión. Ventanas iluminadas brillaban en la noche, como ojos que se iban abriendo perezosamente para otear la oscuridad y conocer las causas de aquel cataclismo.

—Creo que a mi amigo, el teniente Riordan, le va a remorder hoy la conciencia por haberme dejado marchar del Departamento —comentó con agrio sentido del humor un Monty Garfield de rostro tenso,

ensombrecido, y ojos brillantes de excitación—. Lástima que el día en que Laura tomó su coche, yo no fui capaz de descubrir lo que habían hecho para ella...

* * *

Monty Garfield se detuvo ante aquella puerta. Miró a ambos lados del corredor. Todo aparecía en silencio. El lugar era tranquilo y seguro. Apartamentos de lujo en un lujoso edificio de Riverside Drive.

Contempló las letras plateadas, en relieve, sobre la madera color caoba de la puerta. Apartamento D-27, Era allí. Le habían dicho que era el lugar que él buscaba.

Apoyó el dedo en el timbre. Esperó, mientras adentro sonaba un tenue zumbido del llamador, sin interrupción. Apartó el dedo. Nadie acudió a abrir. Garfield insistió otra vez durante más largo tiempo. Al fin, se oyeron unas pisadas tenues, ligeras, y una voz femenina, brusca, preguntó desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es? ¿Por qué llama a estas horas?

—Soy el juez Garfield. Abra. Sé que está ahí. No puede ocultarse de mí.

Una pausa. Detrás de la puerta, alguien se había quedado mudo de asombro. La voz insistió, irritada:

—Déjeme en *paz*, Garfield. Tengo un asunto personal aquí. No puedo abrirle, trate de entenderlo.

—Tiene que abrir, quiera o no.

—¡No puedo! Ya sabe mis... mis gustos. No quiero escándalos. Márchese, maldito sea.

—No sólo no voy a irme, sino que derribaré la puerta a tiros si no la abre, y eso sí que va a armar escándalo, señora Sheridan.

Doris maldijo entre dientes largamente y habló en susurros con alguien. Luego, de mala gana, habló:

—Está bien, condenado entrometido, voy a abrirle. Pero sólo tiene cinco minutos para decirme lo que sea y largarse. No he venido a este apartamento a revelar a la gente mis asuntos privados.

Descolgó una cadena, hizo girar un pestillo dos veces, y la puerta se abrió.

Doris Sheridan, envuelta en una tenue bata translúcida, color fucsia, se quedó ante él, mirándole con ojos centelleantes. Al trasluz, una lámpara recortaba con nitidez su silueta desnuda. Tenía aún un hermoso cuerpo, pensó Garfield

—Pase —dijo con acritud ella—. Recuerde, Garfield cinco minutos nada más.

—Es muy amable —dijo a su vez el juez, caminando sin prisas hacia

el interior, sobre la mullida moqueta azul del apartamento—. Lujoso lugar, señora. Debe ser muy caro mantener este apartamento para sus aventuras.

—Eso a usted no le importa. Desembuche lo que sea, y salga por esa puerta.

—Supongo que para tener tanta prisa, es que no está sola —sonrió Garfield en tanto ella cerraba la puerta.

—Tampoco le importa eso —lápida, la mirada de Doris fue al fondo del salón, a una puerta cerrada. Monty no perdió ese detalle, pero no dijo nada. Ella insistió, airada—: ¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Varias cosas interesantes. Esta noche maté a cuatro esbirros de Munro. Iba a matarle también a él. Pero se me anticiparon. Ya estaba muerto, de un balazo en la frente.

—Todo eso me tiene sin cuidado, Garfield

—¿De veras? También intentaron volarme en pedazos, junto con esa chica, Vicky Mason. Mi coche quedó destrozado. Lo mismo que el de mi esposa Pero yo estoy aquí aún, sano y salvo.

—Celebro que saliera tan bien librado. ¿Ha terminado ya?

—No. Aún queda algo. Tal vez le interese más que todo eso. Sé quién mató a Honey Earden.

Doris se quedó mirándole fijamente. Sus ojos brillaron.

—¿De veras? —trató de no reflejar emoción alguna en su voz, pero no lo logró—. Eso sí es una verdadera noticia. ¿Ha venido a darme su nombre?

—¿Por qué a mí?

—Porque usted amó a Honey más que a nadie. Es lo que dijo, ¿no? Aseguré que mataría a quien la hubiese causado el daño a ella.

—Y así es. Dígame quién fue.

—Usted siempre pensó que era Barney Munro. Por eso fue allí esta noche y le mató, avisando luego a la policía, para que me cogieran a mí con las manos en la masa.

—¿Está loco? Yo no he matado a nadie en mi vida.

—No me engaña, señora Sheridan. Usted mató a Munro cuando creyó estar absolutamente segura de que era él quien mató o hizo matar a Honey a través de uno de sus hombres. El motivo era bien simple: Honey se iba de la lengua en el tema de las drogas con que traficaban a través del negocio de publicidad de su marido, y Munro decidió eliminar a tan peligrosa persona.

—¿Qué está diciendo? ¿De qué drogas habla? —palideció ella intensamente, dando un paso atrás.

—Lo sabe muy bien: marihuana, heroína... Todo entra aquí a través del negocio publicitario. Tal vez en los viajes de sus modelos, en cajas de filmes publicitarios, y mil cosas así. Si eso se descubría, usted y su

esposo irían a prisión por muchos años y el negocio quedaría deshecho. Era preciso hacer algo. Pero lo último que usted hubiera hecho, es matar a Honey. Le enfureció el hecho, aunque la idea de que Bridges, su joven amante, fue el culpable, la apartó de la realidad. Ahora es distinto, porque sabe que Bridges era inocente y otra persona mató a Honey. Usted esperó, paciente, a reunir todas las piezas. Cuando encajaron y pensó en Munro, fue allí y le mató. Él no podía temer nada de usted, de modo que le sorprendió por completo.

—Está inventándose cosas. No puede probar nada de eso —dijo roncamente ella—, Y sin pruebas, no hay culpable.

—Eso es lo que usted cree. Yo no soy ya el juez Garfield, señora. No necesito pruebas para condenar y ejecutar a alguien. ¿No lo sabía?

—No intentará... no intentara usted asesinar me por meras sospechas —jadeó ella.

—Son algo más que sospechas. Pero lo que realmente cuenta para mí, es la muerte de mi mujer. Saber quién la mató. Y eso también lo sé ahora.

—¿Quién fue?

—Munro, naturalmente. El dispuso el explosivo, como lo dispuso en mi coche, antes de ser sorprendido fatalmente por su arma esta noche, señora Sheridan. El, después de todo, sabía bien quién mató a Honey Warden, y si callaba era porque tenía una complicidad previa con esa persona, y ambos trabajaban juntos en un asunto distinto al de las drogas que usted manipulaba. Ese asunto era chantaje, entre otras cosas.

—¿Chantaje?

—Sí. Munro tenía un buen negocio de extorsiones, bien montado y organizado. Y su cómplice le daba buenas informaciones de todo ello. Así, obtenía dinero mediante las drogas, a través de usted, y por otro lado chantajeaba a las personas, como a su buena amiga, Agnes Copland, sacándoles dinero mediante coacción.

—¡Maldito cerdo...! —jadeó ella, sin poderse controlar. Se mordió el labio inferior, y miró asustada a Monty—. Bueno, quiero decir que si todo eso es cierto, el tal Munro era un bastardo...

—Claro que lo era. Y usted lo sabe mejor que nadie, señora. Pero cometió un tremendo error en todo ello: pensar que Munro sólo le fue desleal en el asunto de Honey al ordenar liquidarla. Él le era desleal en todo. Pero nunca hizo matar ni mató personalmente a Honey.

—Pero entonces... ¿Quién fue?

—Creo, si no me equivoco, señora Sheridan, que la persona que mató a Honey Warden está ahora ahí mismo, tras esa puerta —señaló Garfield hacia la que estaba cerrada.

—¿Qué? —Doris se tambaleó, incrédula. Le miró con estupor—. No sabe lo que dice... Ni siquiera puede estar seguro de que haya nadie ahí

dentro. Y si lo hubiese, ¿cómo sabría usted quién es?

—¿Cómo supe que usted tiene aquí este apartamento de lujo para sus reuniones íntimas con otras damas? —sonrió Garfield—. Siguiéndolas, señora. Siguiéndolas a usted y a su amiguita de turno desde cierto motel... *Vamos, Vanity, ¿por qué no sale ya de una vez?*

La puerta se abrió lentamente. Doris parecía petrificada. Apareció la pelirroja y atractiva Vanity Colby, desnuda como Eva en el Paraíso. Pero en su mano llevaba un revólver calibre 38, con el que encañonaba al juez Garfield.

—Aquí estoy, juez —dijo fríamente la bella modelo—. Te crees muy listo, ¿verdad?

Capítulo IX

—¡VANITY! —exclamó Doris, demudada—. No puede ser cierto lo que ha dicho el juez hace un momento...

—¿Qué yo maté a Honey? —Vanity sonrió fríamente—. ¿Y qué, si lo hice?

—Vanity, no es posible. Tú... tú sabías cómo la amaba, lo que sentía por ella...

—Honey era peligrosa, querida. Iba a hablar, a revelar todo el lío de las drogas. Me importaba poco lo que te pasara a ti, pero mucho lo que podía pasarle a Barney... El juez tuvo razón. Barney Munro y yo éramos grandes amigos. Más que eso: perfectos compinches en todo. Actué para protegerle, y golpeé a Honey cuando se disponía a informar a la policía de todo. La maté, sí. Y esta noche, tú me devuelves el golpe matando a Barney... Estamos iguales, querida.

—Te mataré por lo que le hiciste a mi querida Honey... —susurró Doris, furiosa.

—Seré yo quien te mate ahora, por el asesinato de Barney. Ignoraba eso, tú no me lo dijiste. He tenido que enterarme por el propio Garfield. Fuiste muy lista. Supiste por mí que él iba a visitar a Barney esta noche, y te anticipaste, avisando luego a la policía. Después viniste a recogerme al hotel, como si nada hubiera ocurrido, y me trajiste a tu apartamento... Eres una sucia ramera sin escrúpulos.

—¿Y tú qué eres, miserable? ¿No has aceptado mis favores ahora?

—Fingía, puerca. Fingía para ser más fuerte que tú y llegar adonde deseo, pero no como modelo, tal como se conformaba la pobre Honey. No, eso no me basta. Deseo llevar el negocio de las drogas y hacerme muy rica. Eso lo haré yo, ahora que Barney no puede ayudarme. Tu marido tendrá que cooperar, cuando te haya matado a ti o será peor para él.

—Hablas de matar... delante del juez Garfield. ¿Estás loca, Vanity?

—No me preocupa él —rió fríamente la joven—. Os mataré a ambos. Luego dejaré el arma en tus manos, y me marcharé de aquí. Será como si os hubierais matado el uno al otro. Nadie me relacionará con esto. Recuerda que no soy sospechosa en absoluto.

—Muy cierto, arpía. Tú misma tomaste tos somníferos para fingir un atentado...

—Así es, querida —se burló Vanity.

—¿Y el que quiso inyectarte aire en las venas?

—Un truco de Barney. Muy ingenioso. Había un fulano que le molestaba. Lo envió a matarme, pero era falso todo. Procuró que lo hiciera de modo que fuese visto y atacado. Sabía que era hombre que no se dejaba coger. Lo mataron. De no ser la policía, un hombre de Barney estaba a punto para intervenir y acabar con él. Pero así fue mejor, y la coartada mía fue perfecta. Eso me dejaba lejos de toda sospecha. ¿Cómo llegó a saber que era yo la culpable de lo de Honey, juez?

—Esta noche. Sólo usted sabía que iba a ver a Munro. O usted le mató y avisó a la policía, o lo hizo alguien a quien usted le contó que yo iba a ir. Eso empezó a hacerme ver claro. Después, alguien me contó que Honey había confesado hablar con usted del asunto de las drogas, y estar muy asustada. Usted jamás mencionó tal cosa ni remotamente, y era casi imposible que hubiera olvidado asunto tan importante.

—Pero recuerde que los hombres de Munro estuvieron a punto de matarnos en los muelles. Yo iba a morir también...

—Era falso. Sólo dispararían sobre mí. Eran perfectos tiradores, no errarían el blanco. Usted se iría luego con ellos tranquilamente, ellos sabían que era la amiguita de su patrón. En el fondo creo que Munro temió que el «paseo» no saldría bien. Y así creaba otra coartada para usted, hasta que yo volara en pedazos con mi coche.

—Pero les sorprendió con sus malditas armas. Va usted lleno de pistolas para matar, juez. No es mejor que Doris o que yo.

—Yo no he matado a una mujer indefensa, como hizo su amigo Barney cuando comencé a interesarme en el caso. La muerte de mi esposa no es responsabilidad suya, pero lo fue de su amado Barney. Lástima que a él no pude devolverle golpe por golpe...

—Pensé que él le mataría Yo le había avisado de su llegada. Pero no pensé en Doris, maldita zorra... —silabeó Vanity—, No se mueva para nada, juez. Conozco sus trucos con esas armas que esconde en sus mangas.

—Querida, aunque no me mueva, va usted a matarme. De modo que me jugaré el todo por el todo —rió Garfield duramente.

—¡No lo haga! —chilló ella disparando.

Garfield se estremeció al sentir el impacto de la bala en su cuerpo. Pero llegó a tiempo de que su pistola apareciese en la mano diestra. Apretó el gatillo. Pudo haber matado en ese momento a Vanity. Pero no disparó contra su desnudo cuerpo, sino contra su mano armada.

Ella gritó desesperada, contemplando su mano repentinamente bañada en sangre, rotos sus dedos por el balazo, mientras el Colt volaba lejos de ella. Doris, aterrada, contemplaba la escena con ojos desorbitados.

—¡Vamos, máteme! —rugió Vanity, exasperada, clavando en Garfield sus llameantes ojos—. ¡Máteme! ¿No ha venido a eso, asesino?

—Sí, lo confieso —suspiró el juez cansadamente—. Vine a matarlas a las dos. Era un modo de hacer justicia, pensé. Pero no vale la pena. Ya no. Creo que fue suficiente lo que hice hasta ahora. Es distinto matar para defender la propia vida, que matar así, a sangre fría, por mucho que un ser como usted lo merezca, Vanity. Eso me convertiría en un despreciable asesino, lo mismo que lo es usted. Señora Sheridan, por favor, llame por teléfono a la policía. Esto se ha terminado.

—Sí... sí, juez —susurró Doris Sheridan, estremecida, descolgando el teléfono.

La desnuda Vanity, con su mano derecha goteando sangre, rompió a llorar amargamente. Pero ni un músculo del rostro de Monty Garfield reveló la menor emoción por ello.

* * *

—Por fortuna, está fuera de peligro —sonrió Vicky Mason, sentada al borde de la cama—. La bala no le causó una herida grave, Garfield.

—Lo sé —sonrió él gravemente—. Tuve bastante suerte, eso es todo.

—Garfield, he sido muy feliz al saber que todo terminó... y que ya no corre usted peligro.

—Gracias, Vicky, muchacha. Eres una gran chica. Creo que incluso me enamoraría de ti, si ello fuera posible.

—¿Y no es posible? —hizo ella un mohín de disgusto.

—No. Aún no. Es demasiado pronto. La herida está abierta, sangra aún. Pero ten paciencia. Seremos buenos amigos. Esperaremos un tiempo. Tal vez un día... Sí. Vicky. Tal vez un día, todo sea distinto. Pero ahora, no. No, por favor...

Y cerró sus ojos, con un suspiro, pensando en una mujer llamada Laura. Una mujer a quien ya jamás vería en este mundo.

FIN

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

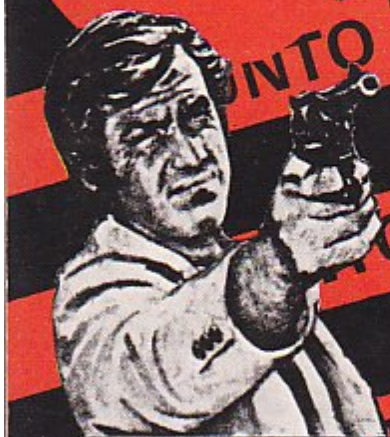
ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España